


LEONARDO ELIZ
POESIAS
LIRICAS
BABRA Y Cª IMPRESªRE

POESÍAS LÍRICAS

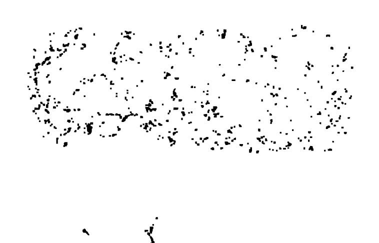
1892—1902





Leonardo Eliz

POESIAS LYRICAS



LEONARDO ELIZ

POESÍAS LÍRICAS

1892—1902



VALPARAÍSO
LIT. É IMP. SUD-AMERICANA, DE BABRA Y CA.
PLAZA DE LA JUSTICIA, N.° 26

1903



DEDIKATORIA

Señor

D. Kárlos Newman.

MI RRESPETADO AMIGO:

UD., sigiendo el ermoso ejemplo de antiguos e ilustres patriotas, akaba de dar pruebas bien inekíbocas de su grande amor a Chile, en su último biaje por los paises del Biejo Mundo.

No solamente le a bastado el kontinuo rrekuerdo de la Patria distante, sino ke a tenido el interes mas ardoroso por darla a konozer kon su progreso i prestijio en la Amérika Española.

¡Ké mucho ke yo,—sinzero admirador de sus bastos konozimientos zientífikos i de sus rrelebantes méritos de erudito i galano eskritor,—me apresure a rrekonozer en públiko sus bellos ideales patriótikos!

I al benir en tal konozimiento, akuérdome de sus notables estudios sobre las obras de pensadores tan insignes komo Stuart Mill, Huxley i Buckle, partikularmente de Kárlos Darwin i de Eriberto Spéncer, autores, estos últimos, de su predilekzion.

Perteneziendo Ud. a tan rrika gama de zienzia esperimental i soziolójika, sus numerosos trabajos publikados atestiguan elokuentemente sus profundas lukubraziones; de igual modo ke su munífiko afan de fomentar la literatura chilena i de aber iniziado,—i de kontinuar propagándolo, kon todo entusiasmo,—el neografismo rrazional.

Heme dezidido, por estos motibos, a estampar su nombre en la primera pájina de esta kolekzion de senzillos bersos mios, ke ben aora la luz del mundo sin presunziones de ningun linaje.

Sea esta kolekzion de poesías un rramillete de flores kampestres ke arrojo a su paso en omenaje a sus merezimientos.

Ojalá ellas le sirban de solaz, en alguna okasion, i puedan despertar en Ud. mas de un grato i tierno rrekuerdo . . . .

Dígnese, pues, azeptarlas kon la benebolenzia ke le es propia, juntamente kon los mas kordiales afektos

De S. M. A. S. i amigo,

Leonardo Eliz.

Balparaiso i a 12 de Febrero de 1903.





PRÓLOGO

Atinados críticos de la Península observan, con esguince, las exageraciones de la actual moda literaria, que arrastra seducidos á los poetas sud-americanos, tras el carro de oro y flordelisado de los excelsos padrinos del decadentismo. El atractivo que sobre la juventud ejercen los libros impregnados de espiritualidad de «ese París casi bizantino, raro, sutil, místico y voluntarioso», ha formado escuela, y sus adeptos más férvidos y canijos quieren, á toda costa, cegar las fuentes puras y plácidas de la naturalidad del lenguaje.

Una razón poderosa prima, en concepto de don Miguel de Unamuno, para que la literatura francesa ejerza grande influjo sobre estos pueblos que empiezan á hacerse tradición de cultura: «que la literatura francesa es la que menos esfuerzo de comprensión exige, la más clara y diáfana, la más brillante, la que nos da en papilla el pensamiento universal, aunque sea debilitándolo».

Cuando Baudelaire y la ilustre falanje de Verlaine, Mallarmé, Rimbaud, Moréas, Baju, Raynaud se concitaron contra los viejos cánones, concibiendo el impresionismo en literatura, como fórmula única en el porvenir, no pudieron nunca imaginarse que el picante capítulo anecdótico literario que ellos escribían, era el inicio de una época en que los soñadores de singularidad, en sus descarríos, traspasarían los lindes de la más refinada extravagancia. Dentro del sistema de que una palabra, al repercutir sobre los sentidos, es susceptible de provocar una sensación especial, que obra sobre el espíritu y hace nacer el pensamiento, se asignaron, según lo recuerda M. Loliée, tonos á las sílabas, formas á las consonantes, colores á las vocales; se inventaron sutiles métodos para distinguir en

una sola y misma palabra un sentido primitivo, otro sugestivo y un tercero alegórico.

Adiestráronse los jefes de este apostolado, á su gusto, en las tinieblas, en el seno del vacío y de lo abstracto, desparramando las *flores del mal*, que los rimadores simbolistas á la ventura habrían de cultivar en conservatorio ó guardar en cajitas de laca rameadas de oro, obedeciendo en todas sus lucubraciones á la vanidosa consigna del verso libertado de las férreas leyes de la sintaxis y de las rigoristas rutinas métricas. El alerteo revolucionario de los ingeniosos amadores de la *nuance*, so capa de formar una llamada nueva escuela, venía á dar ínfulas á un alud devastador é iconoclasta!

En el polvo ruinoso del pasado queda en rezago la procesión de augustos espectros,—desde Homero con su cayado de parra hasta Hugo, ese *âme aux mille voix*, que vivió, al decir de Anatole France, «ebrio de sonidos y colores y embriagó al mundo»; desde Virgilio con su toga de armiño hasta el maestro de Sedán con su brocha genial, su salmorejo del escándalo y su bisturí que clavó hondo en las llagas de la sociedad;—atrás quedaban el clasicismo, «de cabeza empolvada y de tizona al cinto»; el romanticismo, «con su faz lacrimosa y desencajada»; el realismo, «con sus instrumentos de anatomía, sus máquinas fotográficas, sus bloques y sus pinceles»;—y abríase paso, triunfante y glorioso, el simbolismo, «hermosa aurora polar, según Julio Herrera y Reissig, que hace del firmamento de su escuela una paleta confusa, un derramamiento desordenado de flores exóticas, y en que lo abstruso, lo raro, lo original, forma la levadura incorpórea de este pan de Sybaris, *que sólo es del gusto de los privilegiados.*» Había necesidad y existe calificada conveniencia,—tal es el aserto de los garridos garzones del simbolismo,—de asestar golpe de gracia á la imperdurabilidad de las reglas y el absolutismo de los principios, de no poner candado al cerebro cual si fuese la celda de un cenobita, de reemplazar los viejos casilleros cubiertos de moho por los ámplios horizontes de un esplendoroso despertar, sin trabas ni ligaduras con los vestiglos y las antiguayas. Este es el siglo, han dicho, de la libertad del arte, «mariposa de alas brillantes, que ha roto su crisálida retórica y se

ha elevado por los aires», ostentando todos los matices del prisma.

¿Quién habría de empecinarse como Pan en su caracol y no fulminar anatema contra los siglos pasados, «que mantenían en cautiverio el espíritu»? Oíd este pronóstico de sus sibilinas y profetas: «Pronto no quedará piedra sobre piedra de todo lo antiguo y las viejas creaciones yacerán como las ruinas helénicas envueltas en el musgo sagrado de la fama!»

Y hétenos ahí al simbolismo exagerado, con sus menudas escuelas y distintas capillas, ocupando el sitial de honor en el templo del arte, cuyos umbrales, para atravesarlos, hay que calzarse préviamente remononas pantuflas, cual solía exigirlas Selim á los que aspiraban á visitarle en su palacio... Los adeptos de esta escuela, con un exclusivismo sublime, niegan el influjo que en las letras tienen los dulces y tiernos afectos del alma, las costumbres y tradiciones populares, y se prosternan ante el siglo en que viven, «única candileja que ven suspendida en la bóveda del tiempo;» ellos solos se consideran ungidos en la coronilla con el óleo de la esquisitez literaria y artística, del esteticismo sin resabios; y con la eterna muletilla del símbolo por oriflama, se expresan en un lenguaje compenetrado de francés hasta la médula de los vocablos y embutido de términos rarísimos, reventándoseles el gozo hasta por las boquillas del pantalón cuando trasiegan sus giros exóticos y sus neologismos de elegante catadura y donairoso corte.

El arte moderno de finos quilates, en el sentir de estos cultores, consiste: en una serie de evocaciones mitológicas y estrambóticas; en la abundancia de epítetos peregrinos; en la coloración de lo incoloro (v. gr.: *pensamientos azules, muselina gris de la melancolía, pálidos suspiros, besos escarlatas, noches verdíneas*, etc.); en el acopio de flores y piedras preciosas, de nombres musicales, y de figuras lánguidas que se desperezan como odaliscas en el harém (v. gr.: *caléndulas, campánulas, crisantemas, sol muerto entre luces de heliotropo, pupilas de turquesas iluminadas por una chispa interior*, etc.). «Remójase todo esto, dice don Ramiro de Maeztu, con unas cuantas gotas de absinthio, comunicándole además un tufillo parisiense ó germánico, y se da vuelta al conjunto, como

si fuera el tubo de un kaleidoscopio, por medio de una corriente pasional ó neurótica. No se necesita más para que vayan apareciendo, como por ensalmo, en prosa y en verso, las acuarelas, nocturnales, idílicas, sáficas, délficas, estivales, eróticas y mil paginillas más multicolores, rápidas y fulgurantes.»

Refiriéndose á esas composiciones que pecan contra la perspicuidad de la frase, llenas de metáforas desgalichadas y de una clorótica ampulosidad del pensamiento, dice un crítico español: «Leo todo esto, me distrae, pero jamás logra interesarme.»

Lo que priva, observa don Tomás Michelena, es «esa falange de neo-escritores, modernistas y decadentes, para quienes los maestros del decir pertenecen á una escuela anticuada», á una escuela de rancios beocios en que no se *miraban* los colores, no se *oian* los sonidos, no se *sentia* lo gris, azul y gualda...

De esto al embolismo, á lo indescifrable no hay más que un paso. «Los escritores actuales, manifiesta el doctor Büchner, tienen cierto orgullo en no ser comprendidos sino por un pequeño grupo de admiradores; destrozan las formas artísticas más puras, solicitando por sobre todo cierto efecto, á cuyo fin emplean los medios más arriesgados para llenar el pobre objeto.»

El simbolismo, á guisa de tendencia opuesta al naturalismo y al craso realismo, ha inducido á sus afiliados, atropellando los límites de lo justo y lo racional, á excesos vituperables, á las caóticas creaciones del ingenio. Y cuando se les advierten, sin necesidad de ser esmerado en la búsqueda, estos excesos de la escuela, ó formulan protestas con filo de jifero y punta de lanza, ó responden con razonamiento muy florido, pero poco convincente.

«Hermoso es contemplar, dice Herrera y Reissig, las guijas relucientes que reposan en el lecho de cristal de un arroyuelo; éstas son como las ideas esmaltadas que se ven á través de un estilo claro como un espejo; son como las concepciones frescas y sencillas de un arte fácil y comprensible, que pasan del lienzo ó de la página al espíritu, en un rápido centelleo. Esto, sin embargo, no implica que no sean *más hermosas* las madréporas y coralinas que duermen en la profundidad de los océanos, sin que las podamos contemplar á simple vista, pudiéndose decir que se asemejan á las

complicadas creaciones de los genios, hasta donde sólo pueden llegar los buzos del pensamiento.» Dáseles una miaja el que se les replique, sin mayor abundamiento, que simbólicos son el *Hamlet* y el *Quijote*, y los entiende todo el mundo; y tanto más extraño, según lo nota don Arturo Masriera, es «que se pretenda imponer á la actual generación el decadentismo como á una grey sin voluntad, á la que estuviera vedado el raciocinio.»

Ello es que los dominios literarios de América están inficionados de un decadentismo creciente y que intenta avasallarlo todo. ¿Podrá ser cierto, como cree don Pedro Emilio Coll, que «si esta moda estrangera se ha aclimatado, es porque encontró terreno propio, porque corresponde á un estado individual ó social y satisface un gusto que ya existía virtualmente»? Por lo demás, el antedicho autor añade que lo que se llama decadentismo por estos barrios no es quizás «sino el romanticismo exagerado por las imaginaciones americanas, la infancia de un arte que no ha abusado todavía del análisis, que se complace en el color y en la novedad de las imágenes, en la gracia del ritmo, en la música de las frases, en el perfume de las palabras y que como los niños ama las irisadas pompas de jabón.»

So pretesto de que el viejo romance castellano necesita de ensanche, agrandamiento y estire, aún teniendo que descoyuntarlo, proceden los entusiastas prosélitos del decadentismo á innovar y *enriquecer* el idioma, sin antes conocerlo bien, registrarle las entrañas ni escarbar en sus entresijos... «Y lo malo de la revolución, agrega don Miguel de Unamuno, que traen á la lengua no pocos americanos, es que proviene de desconocimiento de ella, de ignorar el valor de cada vocablo.»

Se olvidan lamentablemente de la verdad profunda que encierran estas palabras del egregio sabio é inspiradísimo poeta don Andrés Bello: «Se puede ensanchar el lenguaje, *se puede enriquecerlo*, se puede acomodarlo á todas las exigencias de la sociedad, y aún de la moda, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia á su genio.»

¡Ya no hay fuego en los ojos de nuestra generación! exclaman los ardorosos, incitando á la juventud á la inventiva sin cortapisas, á la originalidad sin diques ni vallas; y la juventud se precipita por ese plano in-

clinado, soñando con la gloria y atraída por risueños mirajes y espejismos. Corren sin detenerse tras esos manjares de los dioses, desdeñan todas las reglas y apostrofan á los «ídolos», que en los ruinosos nichos de la historia cubrir debe el amarillo jaramago. Su credo es ponerse á la última moda, la que ha consagrado el *snobismo*, la del figurín aún no editado, bajo pena de no escapar á la vulgaridad. ¡Lo nuevo se impone! ¡La doctrina del decadentismo es la única que puede salvar á la literatura, de las telarañas!

¿Y son acaso nuevas la hinchazón y las formas amaneradas que hoy se echan á la circulación como monedas relucientes?

¿No os acordáis de Góngora, fallecido en 1627, «después de haberse fatigado plumas y liras en su alabanza y en su vituperio»? ¿Ni de aquel gran poeta napolitano, Marini, *il capo de secentisti*? Y, fuera de España y de Italia, ¿no tuvieron también Alemania su escuela de Lohenstein, Inglaterra el eufuismo, Francia el estilo de las preciosas? «El culteranismo, como lo recuerda la señora de Wilson, con sus metáforas extravagantes, estilo disparatado y ridículo, fué epidemia que cayó en aquella época sobre toda Europa».

Y si quisiéramos señalar progenitores más antiguos todavía del culteranismo de privanza en nuestros días, ¿no podríamos acudir á la poesía lírica del reinado de Augusto, que presentaba los mismos caractéres en la expresión, en el colorido del concepto y en el abuso de las figuras retóricas?

De los culteranos habidos y por haber se rió el insigne Manco de Lepanto, en aquel pasaje: «Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos...»; y aludiendo, no cabe la menor duda, en otra de sus sabrosísimas páginas, á las ampulosidades estrambóticas, puso en boca de maese Pedro, cuando se refería al rapaz que explicaba el retablo delante de don Quijote, estas palabras, inconmovibles como una montaña de granito: «Llaneza, muchacho; no te encumbres, que toda afectación es mala».

***

Don Leonardo Eliz no es de los raros, de los gárrulos, de los *nuevos*.

Él podría parodiar muy bien á Salvador Díaz Mirón, exclamando:—«¡Mi plumaje no es de ésos!»...

Si lápiz en mano y cuartillas á la vera, un crítico apasionado del simbolismo examina este volumen de *Poesías Líricas*, sólo muy á las perdidas encontrará que el señor Eliz ha puesto su grano de mirra en el turíbulo que arde ante las aras del nuevo templo. No se ha inclinado él, sumiso y reverente, á besarle la capa pluvial á cualquier obispuelo de la literatura modernense, en pos de los cuales marcha extasiada la turba-multa abracadabrante.

Podríamos decirle al autor, con don Juan D'Sola:

«En tus versos no hay esa pedrería de la esmeralda enferma, ni el topacio tísico tarasea tus estrofas».

Discreto y parsimonioso, de disciplinado espíritu, ha resistido la general corriente, manteniéndose en un medio de ponderado eclecticismo, porque piensa con don Julio Calcaño, que: «si la bella literatura tiene hoy cierto carácter moderno, en ninguna parte aparece el llamado ideal moderno, ni han muerto por completo en la poesía el clasicismo y el romanticismo». Él no considera que el decadentismo, que deifica la licencia, y el parnasismo, que rinde culto idolátrico y ciego á la forma, sean viables como escuela exclusiva, sin condenarlos, por eso, á velas apagadas, con furor inquisitorial, puesto que son «elementos que contribuirán á la formación de una poesía bella por la forma y luminosa por la idea y las imágenes, cuando se tenga el ideal á que la reacción de los principios filosóficos, que ya se deja sentir, ha de dar forma y vida perdurables».

El señor Eliz se ha opuesto á calzarse babuchas para penetrar en esa «tienda encendida del Ensueño, en que se maja el metal sonoro de la Fama ..», pues, antes de rendir párias á las sedicentes vestales del fuego sagrado y de sacrificar la inapreciable corrección sintáxica y la diafanidad del concepto, ha preferido quedarse en el vestíbulo. Sin inquietarse por los récipes de la brillante comparsa de avanzada, que no cesa de repicar los triunfos de talentos que se malbaratan en la tortura de todas las reglas, si no ha querido tenerse caballero en la mula tahonera de los puristas *á outrance*, mucho menos le han instado sus aspiraciones á ir á horcajadas en el corcel desbocado de los vanidosos decadentistas.

En sus versos campea, á la par de una inspiración donosa, fresca y apacible, el esmero en la corrección y pulcritud de la forma. Catedrático de castellano, es cuidadoso en el manejo del idioma, sin que por eso las alas del bardo se truequen en andaderas. Sus versos son musicales sin tornarse en chillones, tersos sin un pulimento exótico, dulces sin ser almibarados; los impregna un sentimentalismo de buena cepa, que no empalaga, ni se exorna con ese entonamiento lascivo, desordenado y anfibológico de las «palingenesias de delicias silenciosas y agotantes y las promesas de mudos ritmos de lujuria»......

Sus estrofas son un vaso de alabastro, tallado sin orgullo ni loca suficiencia y de donde emerge un aroma delicado, el aroma de los puros afectos del alma.

Flota en las páginas de este libro un ambiente de melancolía, sin que ella toque los lindes de la amargura atroz que arrancara esta apóstrofe á Espronceda:

«Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno é insaciable mi deseo;
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo».

El poeta es hijo del sufrimiento. Cruel é inescrutable designio de los hados, fué el que los amados de las Musas ciñesen, antes que con los laureles, su frente con una corona de espinas, para cantar mejor, bien así como sucede al ave herida en el bosque. J. Joaquin Pálma ha dicho:

«Entonces el trovador,
cantando un dolor profundo,
atraviesa por el mundo
como el ángel del dolor.»

Nuestro poeta ha pagado su tributo á esa ley inexorable. De ahí que en sus composiciones sugestivas se respire un hálito doliente, y porque se exhala sin fingimiento ni falsía, impregna agenos pechos y puede ser bálsamo de extrañas desdichas.

Díjolo, con sentido acento, don Federico Balart, en la siguiente estrofa, que sintetiza las tendencias poéticas de nuestro amigo:

«En cambio, la poesía fiel y espontánea
que sinceros afectos celebra ó llora,

de todas las naciones es conterránea,
y es de todos los siglos contemporánea,
y es de todas las almas consoladora.»

Demostrado queda, con esto, que la literatura española, á la cual denigran algunos sabihondos como mendicante, denostando á sus abolengos ilustres y á los que mantienen, en el cultivo del *gay saber*, las gloriosas tradiciones del esplendente pasado,—informa el gusto literario del señor Eliz. A él no podrían aplicarse los justos reproches que formula don Tulio Febres Cordero, contra aquéllos para quienes «la pobre España, por sus letras clásicas y su difícil cuanto incomparable idioma, no merece sillón de oro en el Olimpo moderno, sino algún desvencijado taburete de cuero para que se arrincone por allí á llorar sus cuitas, *que son muchas en realidad*.» Al revés, nuestro poeta opina, con otro distinguido escritor, que «por ley atávica es natural que inspire á los literatos y artistas americanos, la Musa dulcemente melancólica que canta y suspira en las cuerdas vibradoras de la gran Arpa Española.»

¿Reniega, por eso, de la literatura francesa, de la que nos da en papilla el pensamiento universal y luce los encantos y colores de maravilloso prisma? ¡Nó, por cierto! Lo prueban, muy á las claras, varias de sus poesías insertas en el presente volumen. Sólo sí que no profesa el entusiasmo ilimitado y exclusivista, ni cree que sea único patrimonio del *gaulois esprit* brillar en los torneos del Arte y la Belleza.

Diseñadas á brochazos en estas líneas,—por cuyo pobre aliño pedimos humildes excusas,—las peculiaridades generales de nuestro bardo, propicia oportunidad brindaríasenos ahora para entrar en un somero análisis de las composiciones. Pero ya hemos abusado mucho de la paciencia de los que se dignan leernos.

Avanza,—¡oh discreto lector ó lectora!—y juzga con más ilustrado criterio que nosotros.

Abrense estas páginas con una magnífica y regia portada, *Al Genio del Progreso*, que con su impulso gigante conduce á la humanidad hasta las cimas de los atrevidos sueños de Prometeo:

«Oh, genio de los héroes
del pensamiento humano!

¡Salud, rey soberano
del mundo intelectual!
¡Con estro y noble júbilo
la Musa de la Historia
ensalce tu memoria,
tu espíritu inmortal!»

Bastaría esta sola composición, si no tuviera otras de la misma estirpe, para defender al poeta del reproche de no encumbrar el vuelo á las grandes concepciones de la época moderna. Él ha pulsado su laúd con ardoroso aliento, en loor de las sublimes conquistas de la Ciencia, fecundador espíritu, que puebla de maravillas el planeta y que, debelando uno á uno los misterios de la Naturaleza, unce á su carro triunfal á todos los elementos.

Susceptible á la gratitud y, principalmente, en aras de la amistad íntima que lo vinculó con uno de los más peregrinos y excelsos ingenios de nuestro Parnaso,—el señor don Eduardo de la Barra,—dedicóle, á su muerte, hermosísima elegía, sarta de perlas, de la cual desprendemos ésta, al azar:

«Ya vése en el confín del horizonte,
surcando el negro Ponto embravecido,
la barca misteriosa de Caronte.
En ella va rendido
el noble y fuerte atleta...
....
y en la triste morada de la Muerte
enlutada mujer se ve llorando
en la tumba del sabio y del poeta!»

Es la Patria, que baña con sus lágrimas la losa de su hijo esclarecido, del vate de plectro de oro, de que brotara tánta armonía.

En flébiles endechas, también canta á *Las Lágrimas*,

«......diáfano rocío
en las flores del alma;»

y viértelas nuestro poeta, con intensa y comunicativa ternura, en *¡Madre mia!* verdadero y emocionante poema á ese sér único, roca imperturbable y apaciblemente magestuosa, que se alza para el hombre, tras el embate de las olas, á las orillas del mar del

infortunio. Los que habéis, como nosotros, tenido la desdicha de perderla, respondednos si no envuelven una evocación ternísima estos versos:

«Sumido en las tristezas de mi suerte,
busqué un refugio al corazón herido
y hallé los brazos de mi tierna madre
y oí su dulce voz:---"Hijo querido!"

«Pálida, enferma, en angustioso lecho
cayó después.......................»

¿Buscáis poesía conceptuosa y elevada de otro linaje?—Abrid en *Flores y libros*, *Penumbras*, etc. ¿Os placen las creaciones en que la fantasía teje con dedos de hada la urdimbre de su tela?—*Un cuento de hadas*, *Sueño y realidad*, etc., satisfarán vuestro afable deseo.

Otras composiciones hay, como las intituladas *En el bosque*, *Recuerdo*, etc., á las cuales son aplicables, por su similitud, estos conceptos de don Rafael de los Ríos: «En medio de ese religioso silencio, en que parece que la Naturaleza descansa de su colosal faena, el ruiseñor vibra su garganta de oro bajo el palio de la agreste selva, y llora y se querella, cantando á los geniecillos de la soledad, en la música cadenciosa de sus ritmos».

¡Almas enamoradas, escuchad el blando concento de las confidencias de nuestro poeta! ¡Palpitad con él de emoción, de alegría, de pesar! ¡Soñad sus sueños de oro, acariciad sus esperanzas color de rosa, probad la hiel de los desengaños! ¿Copiaríamos aquí estrofas?...

En las ánforas, consagradas fueron tántas con el óleo de la gracia, que no sabríamos seleccionarlas.

Pero, ¿cómo osamos todavía deteneros?

Al arrullo de dulces *Canciones*,—que se aproximan al ideal de Taine, de una íntima fusión de la poesía con la música,—sigamos adelante. Atravesemos el prado ameno, esmaltado de *Rosas* y *Sensitivas*, y lleguemos, por fin, hasta esa última y sentida composición, --*Se van*!...—algo impregnada del excepticismo de Leopardi, que nos sale al través con la sentencia fatal de nuestro destino:

«No hay fuerza que resista
al poderoso imperio de la muerte;

el alma se contrista
al ver que nuestra suerte
en polvo y en olvido se convierte!»

Por una amarga ironía del poeta, después de hacernos gustar la miel de sus cantares y madrigales, nos regala con el acíbar de la sombría y deleznable poquedad humana.

....

Antes de despedirnos, cúmplenos reservar á los que poseen la retina analítica de que habla Saint-Beuve, su derecho amplísimo de zurriagar á nuestro poeta por los defectos de fondo y forma que en él noten, y de pasar la podadera sobre los elogios que contienen estos muy toscos hilvanes del panegirista.

Por lo demás, nuestro poeta no alardea de impecable artista de la palabra.

De todos modos, quedará de manifiesto, ante propios y extraños, que tuvo mucho acierto en su juicio don Efraín Vásquez Guarda, cuyo aticismo es reconocido, cuando decía al señor Eliz, en 1889, refiriéndose á su primer libro, *Musas Chilenas*:

«Sus cantos á Matta, á de la Barra y otros, al paso que son un testimonio justo de admiración, denotan también de parte de Vd. un inspirado estro poético y le autorizan á Vd. para figurar entre los jóvenes vates de más porvenir.»

Asímismo es un testimonio más este libro, de que no se equivocó un ápice don Federico Balart, cuando loaba

«......la poesía fiel y espontánea
que sinceros afectos celebra ó llora»,

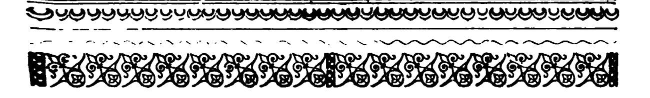
de la cual fuera él cultor eximio.

Y ésta es, en nuestro humilde sentir, la mejor é indiscutible alabanza de las *Poesías Líricas* de nuestro amigo don Leonardo Eliz.

CLEMENTE BARAHONA VEGA.

Santiago, á 1.° de Septiembre de 1903.





AL GENIO DEL PROGRESO

De las regiones célicas
desciende, Musa mía,
y dáme en este día
tu grata inspiración!
¡Alcemos dulce cántico
al Genio del Progreso,
que deja libre acceso
al arte y la invención!

¡Oh, Genio de los héroes
del pensamiento humano,
tu celo soberano
abarca el porvenir;
con tus miradas fúlgidas
dominas lo infinito
y del error el mito
no tardas descubrir!

Por un poder incógnito
á un bien eterno avanzas
y admiración alcanzas
del mísero mortal;

pues, él te sigue intrépido,
y por tu luz guiado,
te forma, entusiasmado,
un séquito triunfal.

Fecundador espíritu
que vives con el Arte,
¿qué rumbo pudo darte
en su grandeza Dios?
¿Á dónde vas impávido,
si he de seguir tu senda
y dirigirte ofrenda
de admiración, en pos?

Con tu poder titánico
inspiras toda ciencia,
la fe, la inteligencia,
la ley, la libertad!
Proclamas con gran júbilo
la paz á las naciones
y vése en tus pendones:
«¡Trabajo y Caridad!»

Á las llanuras áridas
y á los abruptos montes
de obscuros horizontes,
tú vas con firmes pies;
recorres los océanos,
la bóveda estrellada,
é invades zona helada
por si otros mundos ves.

Por la mansión terráquea,
en luminar ó niebla,
de maravillas puebla
tu fuerza colosal;

y cada ideal insólito
á engrandecerlo vienes
y á coronar las sienes
de artífice inmortal.

¡Oh, hermosa chispa mágica,
en tu misión divina,
alientas repentina
el alma, el corazón!
¡Tú flotas como el átomo
en el fulgor febeo,
constante en el deseo,
sublime en creación!

Tus obras tan espléndidas
de ciencia y poesía
esparcen á porfía
los gérmenes del Bien.
Difundes luz tan plácida
en tu veloz carrera,
¡que es sol de primavera
un rayo de tu sien!

Con tu gigante espíritu,
inspiras al obrero
que sigue tu sendero
de industria y libertad!
Con tu ideal magnánimo
transformas el planeta
y avanza á tí sujeta,
feliz, la humanidad!...

Con voluntad ingénita,
de excelso poderío,
vas al hogar sombrío
del hijo del dolor;

y en su cerebro lánguido
vivaz relampagueas,
forjando las ideas
y lo haces creador!...

¡Oh, Genio de los héroes
del pensamiento humano!
¡Salud, rey soberano
del mundo intelectual!
¡Con estro y noble júbilo
la Musa de la Historia
ensalce tu memoria,
tu espíritu inmortal!



EN LA ALDEA

(Á Horacio Olivos y Carrasco)

Muchas veces recuerdo, silencioso,
el nombre de una niña pura y bella.
Fugaz su vida fué. La ví una tarde
al pie del campanario de la aldea.

Vestida con su manto y su basquiña
tornaba muy contrita de la iglesia,
cuando ví sorprendido su hermosura
al pie del campanario de la aldea.

Y nos amamos pronto. Nuestras almas
vivieron de purísimas ternezas;
pues todo fué un idilio de venturas
cerca del campanario de la aldea.

Niños ambos, corríamos al campo
á beber en la fuente limpia y fresca,
ó á coger las silvestres florecillas
lejos del campanario de la aldea.

Otras veces buscábamos los nidos,
alarmando á las aves en la huerta,
y muchas de ellas con temor volaban
al viejo campanario de la aldea.

¡Testigos fueron de su amor y el mío
la fontana y el bosque y la pradera!
Al recordar, paréceme que oigo
su voz y la campana de la aldea!

Como el soplo del aura en los collados,
como el rayo de sol en las florestas,
pasó la dicha de aquel bien querido
cerca del campanario de la aldea.

La pudibunda y amorosa niña,
la peregrina flor de mi existencia
eternamente se durmió una tarde
al sonar la campana de la aldea.

Después... yo visitaba el campo santo
para ver y cuidar su fría huesa,
y el bronco són llegaba á mis oídos
de la triste campana de la aldea.

Mis recuerdos por ella resurgían
como flores de luz en la tiniebla,
y lloré al bello lirio de aquel valle,
mirando el campanario de la aldea.

Sonó la hora cruel de la partida
y me alejé de aquel lugar con pena...
¿Cuándo á ver volveré su humilde tumba
y el viejo campanario de la aldea?

¡Sólo en el alma su divina imagen
revivirá con placidez muy tierna,
mientras oiga en las tardes de mi vida
resonar la campana de la aldea!





CANCIÓN

CUANDO en las tardes el sol ardiente
los cielos tiñe de grana y oro,
besan las auras su blanca frente
y rumorean variado coro.
¡Pronto á mi oído
como un gemido
llega su voz!

Cuando en la noche silente y bella
la luna riela por ancho río,
el lácteo rayo, la hermosa estrella
me hablan siempre del dueño mío.
¡En mi deseo
de verla, creo
que oigo su voz!

Cuando en mi sueño siento las alas
del ángel lindo de mis amores,
de ese ángel veo sus ricas galas
y oigo sus cantos de ruiseñores.
¡Pronto á mi oído
como un gemido
llega su voz!

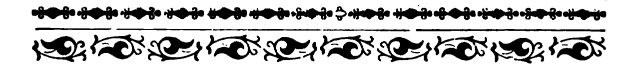
Cuando en la cumbre de la montaña
la luz del alba tímida asoma,
las aves cantan por la campaña
y el corderillo trisca en la loma.
¡En mi deseo
De verla, creo
Que oigo su voz!

Cuando en el lago de linfa pura
veo las rosas que se reflejan,
contemplo en ellas su donosura
y las tristezas de mí se alejan.
¡Pronto á mi oído
como un gemido
llega su voz!

Y cuando sufro la cruel ausencia
de mi adorada, púdica niña,
siento congojas en mi existencia
y voime á verla por la campiña.
¡En mi deseo
de verla, creo
que oigo su voz!

Y entre las sombras del desconsuelo,
un mundo surge de bienandanzas;
mas, ¡ay! de pronto se va mi anhelo,
se van por siempre mis esperanzas.
¡Y ya mi oído
no oye el gemido
de aquella voz!...





LO QUE YO ADORO

(Del poeta brasileño Fagundes Varella)

Lo que yo adoro en tí no son tus ojos,
tus lindos ojos llenos de misterio,
por cuyo brillo el hombre dejaría
la augusta pompa del más vasto imperio.

Lo que yo adoro en tí no son tus labios,
donde la juventud perenne mora
y encierran más aromas deliciosos
que el valle iluminado por la aurora.

Lo que yo adoro en tí, nó, no es tu rostro,
con el cual todo mármol decorara,
y al contemplar tus formas y atractivos
el griego Fidias su cincel quebrara.

Lo que yo adoro en tí, nó, no es tu cuello
más lindo que el de esposa israelita,
de gracias rico, y el más dulce encanto
en donde el genio del amor habita.

Lo que yo adoro en tí no son tus senos,
albas palomas que durmiendo gimen,
que al volar una abeja zumbadora
llenas de miedo y con ardor se oprimen!

Lo que yo adoro en tí es tu alma pura,
cual la sonrisa angelical de un niño,
ajena al mundo y su mentido halago;
mas, rica de esperanza y de cariño!

Son las palabras de bondad sublime
que sabes murmurar al que padece;
los cariños ingenuos de tus ojos,
donde un celeste gozo resplandece...!

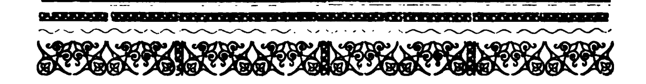
Un no sé qué de grande y misterioso
hallo en tu voz, que todo lo avasallas,
y á otros mundos me lleva el pensamiento
cuando bajas los párpados y callas.

Y por eso en mis sueños yo te veo
entre nubes de incienso en aras santas,
en medio de apiñada muchedumbre,
y he besado también tus regias plantas!

¡Cuán linda eres así! Llamas divinas
circundan tus facciones puras, bellas;
un largo velo pende de tus hombros
salpicado de nítidas estrellas!

En las aras de frágiles amores
pensé ofrendarte el corazón ardiente;
mas, al mirarte, deslumbróme el rayo...
¡vi el perdón en tus ojos solamente!...





ANACREÓNTICA

No te descuides, niña,
del azulado cielo,
ni del bello oceano
con su brillante espejo,
ni del blando susurro
del ambiente sereno.
No vivas confiada,
porque vivir es sueño,
y es un sueño la vida
con mucho sufrimiento;
que todo es vario giro,
pues se nublan los cielos
y ruge el mar airado
por conturbados vientos,
y hasta la flor se agosta
y hasta el aroma fresco
de bosques y jardines
se va en el aire presto,
como el amor y el goce
de un inconstante pecho.

No te descuides, niña,
del dios desnudo y ciego,
voluble y malicioso,
y que se pasa riendo,
sus flechas disparando
á corazones tiernos.
No busques imposibles,
que muchas, en sus sueños,
tomaron otra senda
y tristes sucumbieron
por ambiciones locas!
Mas, para tí, yo veo,
Teresa, dulce amiga,
un porvenir risueño
donde la dicha luzca;
porque tienes talento,
virtudes, y atractivos
como tu hermoso cuerpo,
como tu voz tan pura,
como tu rostro bello!





LÁGRIMAS

(Á Pedro Pablo Figueroa)

Despierta, Musa mía,
y pulsa triste el harpa,
y al són de sus acentos
cantemos á las penas y á las lágrimas!

Sin el dolor la vida
no tendría esperanzas,
ni variados deseos
que son fuentes de goces y de...lágrimas.

Ni el corazón más tierno,
que es del amor el ara,
jamás palpitaría
al quemante contacto de una lágrima.

Lloramos de alegría
cuando el placer nos llama,
y al verlo que no dura
vertemos de dolor sinceras lágrimas.

La vida es un poema
de ensueños y esperanzas,
que á veces ¡ay! terminan
en crueles desengaños, luto y lágrimas!

Cuando lloramos solos
memorias venerandas
de séres que se han ido,
tributos les rendimos con las lágrimas.

Son diáfano rocío
en las flores del alma,
aunque el sol del consuelo
enjugue con el tiempo muchas lágrimas!

No hay persona que ignore,
feliz ó desgraciada,
lo que es el sufrimiento,
y la perla del lloro, que es la lágrima.

El anciano y el joven,
la virgen niña amada,
la madre cariñosa,
¿no han vertido una vez más de una lágrima?

Tanto la flor marchita
como la que desata
el rojo ó blanco broche,
¿no reciben del cielo tiernas lágrimas?

Para el que lejos vive
y siente la nostalgia,
dióle Dios el recuerdo
y el más firme ideal en cada lágrima!

Al prado dió colores,
al ave, canto y alas,
y al hombre, el sentimiento
y el caro dón precioso de las lágrimas.

Á donde tienda el vuelo
el ánima angustiada,
ha de ver en el mundo
que el placer más fugaz engendra lágrimas.

Cuando esas perlas brillen,
temblando en la mirada,
no te rías, profano,
que libre no estarás de alguna lágrima...

Amores y placeres,
ensueños y esperanzas,
tormentos y congojas,
todo eso, y mucho más es una lágrima!

En vano, en vano ansío
consuelo en la desgracia...
¡Todo decae y muere,
menos mi corazón, menos mis lágrimas!

En flébiles endechas
yo canto con el alma
á mi vida azarosa,
fecundo manantial de tantas lágrimas!





CANTARES

Para el mundo canto alegre
y lloro en mi soledad,
que así las penas se endulzan
con reír y con llorar!

Hoy dolor, ayer placeres;
aquí sombras, allá luz,
y allí mis padres reposan
bajo un ciprés y una cruz!

Mi alma se va á la tuya,
tu alma viene á la mía,
como la olita en la playa
que se aleja y se aproxima.

Los goces que el alma siente
¿á dónde, á dónde se irán?
y las penitas que lloro
¿por qué, por qué no se van?

En tus pupilas el cielo,
en tu boquita el coral
y en tu alma las ilusiones,
¿qué mejor felicidad?

———

Por naranjales floridos
caminaba pensativa
y en su cabeza de reina
los azahares caían!

———

De tus ojos á los míos
Dios puso un hilo de luz;
por él se ven nuestras almas
y sé que me quieres tú.

———

Cuando cantas, cuando lloras,
cuando ríes, cuando hablas,
eres tú retrato vivo
de mi madre idolatrada!

———

Si suspiras, bien mío,
de pena lloro,
y si ríes alegre,
me causas gozo!
¡Cuál sensitiva
es esta pobre alma
que te acaricia!

———

¿Recuerdas nuestra tierruca,
nuestro río y nuestro hogar?...
¡Cuántos placeres ya idos!
¡Cuántas penas por llorar!

Su broche abrieron las flores,
el arroyo murmuró,
cantaron las avecitas
cuando mi amada nació.

Caminito de la fuente
siempre te voy á encontrar;
en verte cifro mi anhelo
y mi gozo en tu mirar.

En tus ojos hay dos astros,
en tu boquita un clavel,
en tus cabellos el oro
y en tus besos nardo y miel.

Hace tiempo que morí
y he vuelto á resucitar:
¡con mi dolor sucumbí,
con tu amor vuelvo á cantar!

En Viña del Mar me dicen
que tu hermosura es notoria;
¡bienhaya tu madre, niña,
que dió al mundo tánta gloria!

Muy bien cantaba el jilguero,
de rama en rama saltando,
y por mirar tu hermosura
detuvo el vuelo y el canto.

Cuando yo sufro, tú ríes,
cuando río, ríes más;
pero te he visto en las noches
á solas siempre llorar!

Anoche yo tuve un sueño:
que te hallabas junto á mí,
y desperté, y tú no estabas,
y lloré de amor por tí.





MUERTE

(Del italiano, de Giusseppe Apicella)

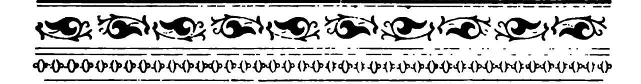
Muere el otoño: impera sobre el valle
como capa de plomo el cielo gris;
¡hay hojas amarillas en la tierra
y el hielo del invierno va á surgir!

Muere el otoño: rápida, incesante
cae la lluvia en selva y arenal;
el gran torrente rompe ya sus diques,
y turbio corre, y ya muy lejos va!

Muere tu fiel cantor, niña morena,
que el pesar invadió su corazón;
sus esperanzas fueron destruídas
con sus castillos de oro y dulce amor!...

Muere tu fiel cantor... vendrá el invierno,
y también la estación primaveral;
mas, en perenne sueño sepultado,
¡nunca tu fiel cantor despertará!...





A EDUARDO DE LA BARRA

(Elegía)

¡Patria, Patria querida,
mansión risueña de mi edad florida,
de mi vejez estrella solitaria
de lumbre bienhechora!
¡Oh, tierra encantadora
que guardarás un día mis despojos
bajo un ciprés umbrío
y entre flores y abrojos!
¡Patria, patria querida, tú que fuiste
grande en las lides y en las glorias grande,
eternas como el Ande,
escucha el plañidero canto mío,
¡que tanto puede el despiadado cielo
que se cante llorando y sin consuelo!

Se enluta el cielo y enmudece el viento
en el monte, en el bosque, en la pradera,
y en languidez dulcísima las flores
expresan misterioso pensamiento;
en sus variadas hojas y colores
se estremecen las gotas del rocío
como otras tantas lágrimas de virgen,

brillando al tibio rayo
de este pálido sol de otoño frío.
¡Todo inspira dolor, lamento y lloro,
y hasta las liras de las cuerdas de oro
enlutadas están! Si el vate canta,
su canto es de aflicción, de idea santa
que al almo cielo sube
en ondas de argentada melodía,
que en ecos mil reparten su armonía,
como dorada nube
que divide la ráfaga violenta
y espárcela en girones por el cielo
en medio del fragor de la tormenta.

Ya vése en el confín del horizonte,
surcando el negro Ponto embravecido,
la barca misteriosa de Caronte.
En ella va rendido
el noble y fuerte atleta,
que ensalzaron el Arte y el Poeta
en los torneos de la lucha diaria.
Ya su voz se apagó... Tranquilo duerme
en fúnebre jardín, donde la vida
sufre transformaciones portentosas,
como las mariposas
que el néctar liban de las gayas flores
en la bella estación de los amores.

El bronco són del huracán y el trueno
repercute en las vastas soledades;
treme la tierra en su profundo seno
y el rayo en subitáneas claridades
se enciende en lo infinito;
y en la triste morada de la Muerte,
enlutada mujer se ve llorando
en la tumba del sabio y el poeta.

¡Oh, despiadada suerte!
¡Oh, Parcas irascibles!
¡Oh, senda de la vida siempre escueta,
sin oasis ni amigo deleitando!
¡Esa mujer de negra vestidura,
bella como el albor de la mañana,
de palidez tan pura
tal como el mármol de las tumbas frías,
como la flor lozana
sin las caricias del favonio blando!
¡Esa mujer de prístina hermosura
es la Patria que llora
al hijo predilecto de la ciencia,
al sabio de purísima conciencia!

Allá en el bosque, en la enramada umbría,
hay concierto muy triste
de creciente y letal melancolía
entre las aves de pintadas plumas,
que en ondas de la luz y de las brumas
doquier revolotean, repitiendo:
«*¡Eduardo de la Barra ya no existe,*
el ruiseñor canoro,
el bardo del laud de cuerdas de oro,
que poblara de cantos y armonía
la vastísima tierra americana!...»
Los ecos mil su nombre van diciendo:
«*¡Barra, Barra no existe!*» hacen que el alma
pierda su dulce calma
y la vena del llanto se desate,
y en lágrimas bañados
los rostros de carísimos amigos
que, al dolor entregados,
lamentan su partida
y ensalzan su virtud y hermosa vida.

¡En vano, en vano los cansados ojos
buscan al tierno amigo de otros días,
de cuyos labios recibí la ciencia,
de cuyo corazón, bellos consejos;
¡oh, desventuras mías,
que en la turbiosa mar de la existencia
he de vagar sin rumbo, á los reflejos
del muribundo sol del desengaño!
Con todo, tu recuerdo, dulce amigo,
será seguro abrigo
en las horas de angustias y pesares
cerca del patrio río
donde moriste tú y están mis lares;
donde por vez primera,
con amistad sincera,
tu alma con mi alma se abrazaron
y para Chile, en grato desvarío,
un porvenir glorioso allí soñaron!...

En el recuerdo vivirá dichoso,
será la estrella de potente brillo
en el vasto hemisferio americano,
porque el genio no muere. ¡Y era genio!
Y su ideal grandioso,
su patriótico amor republicano,
de ejemplos servirán á las edades
en las grandes zozobras;
porque su bello corazón palpita
y su alma se estremece entusiasmada
en sus laureadas obras,
ricas de fe, de ciencia y poesía,
do su Musa inspirada
creó tanta armonía,
como de un fresco manantial sonoro
que por el verde campo rumorea

y entre guijas y flores burbujea,
se forma de su són variado coro
con el ruïdo de los vientos suaves
y el himno melodioso de las aves!

Con el lauro triunfal de la victoria
y con divina inspiración fecunda,
cantó el amor, la libertad, las ciencias;
y como Horacio y Juvenal un día,
el error fustigó, la tiranía...
hallando en cada historia
ejemplos de virtud y de creencias.
¡Y nunca amor más puro
tuvo cantor más inspirado y tierno,
ni el habla castellana
la frase más galana,
más bella y más profunda
en ternura y sin par filosofía!
Ya cante á Safo, á Bécquer,
ya á Méjico y á Cuba encadenada,
es su voz inspirada
la que conmueve con sublimes artes,
mostrando por las cúspides del monte,
en el confín azul del horizonte,
de amor y libertad los estandartes!

Fué un orador patriota y elocuente;
siempre el saber brotaba de sus labios;
siempre la luz de la verdad fulgente
se notaba en su voz y en su palabra,
y sus consejos sabios
iban al alma y corazón á un tiempo,
como el rocío que del cielo cae
sobre las flores que agostó el verano;
cada discurso una enseñanza fija:

castigo para el vicio
y para el débil generosa mano!
Y su voz dominaba,
y su lenguaje hermoso
salía cadencioso
y á las gentes que oían, recreaba

Cuando ideas protervas resurgieron
del antro tenebroso de la ira,
y en tropel como víboras mordieron
el manto inmaculado del Apóstol,
cual otro paladín salió á la arena
con mirada serena
á defender la ciencia de Bilbao,
á ensalzar su memoria
y á conquistarle gloria
eterna, inconmovible con los siglos!
Y derrumbó, con pluma diamantina,
gigantescos vestiglos;
y como aquél, filósofo profundo,
prolífica simiente
lanzó en el surco de la nueva idea;
su defensa magnífica, elocuente,
repercutió en el mundo
como un grito de raza gigantea
y el triunfo coronó su frente altiva,
siempre al adulo y la traición esquiva!

Era el sabio mentor de los que luchan
en el palenque de las bellas artes;
el filólogo insigne; el literato;
el político justo; el hombre bueno,
que tuvo por baluartes
la Razón, la Verdad y la Justicia,
de su cielo purísimas estrellas,

sus grandes, nobles diosas,
siempre buenas y hermosas
que adornaron de flores su camino,
quitaron de su planta ensangrentada
las punzantes espinas
y en aplausos tornaron los insultos
de la gente malvada!
Las aureolas divinas
de eterna luz increada
ya brillan en su bella sepultura,
que emblemas son de su virtud tan pura!

Fué la virtud su norma,
y fué su patriotismo noble, austero,
que ciudadanos forma
y hace accesible el áspero sendero
de la existencia humana;
su ideal más hermoso fué la Patria;
quería verla siempre entre Naciones
altiva y soberana,
ostentando sus ricos pabellones!
Sin cesar trabajó, luchó sin tregua,
dióle progreso y glorias
y un nombre esclarecido en las historias,
y en medio de este afán que el genio siente,
¡cuántas, cuántas legiones
de enemigos rabiosos ¡ay! brotaron
y locos se ensañaron,
porque siempre quería Patria libre,
sin que en sus campos vibre
el atambor de guerra,
de guerra infanda y de rencor ingente,
sin oprobio y falsía,
sin tráfago de odiosa tiranía!...

Sin patria y sin hogar surcó el Oceano,
y pobre y abatido
llegó á la tierra hospitalaria y grande
que riega el Plata y que divide el Ande!
Y allí vivió feliz. Halló sin ruido
respeto y homenaje...¡Cuánto gozo
sintió al volver al seno de la Patria!
Pulsó la lira, oyéndose en la altura
del bardo errante las canciones bellas.
En su grande alborozo
á la Patria cantó y á la Natura!
Mas, al ver que otro pueblo pretendía
buscar justicia y conquistar á Chile,
el escritor patriota
tomó la pluma y defendió severo
las leyes, la razón y la hidalguía!
Y en pago de su esfuerzo sobrehumano
halló siempre el olvido,
el insulto procaz, el odio insano,
y cual un nuevo Sócrate, impelido
á la venganza del error más fiero,
el acíbar bebió de la injusticia;
mientras su nombre, en alas de la Fama,
corría el mundo conquistando gloria
y un sitio excelso en la inmortal Historia!

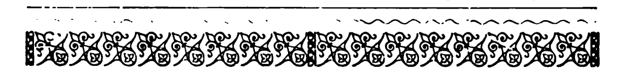
Es que el genio y el mártir nunca mueren:
viven eternamente con los siglos;
pues la llama inmortal de su existencia
en el misterio de la vida flota,
como la pura esencia
que se desprende de una flor lozana,
cortado el tallo y la corola rota,
sin pompa alguna de su edad temprana!

Y hacia el albergue vino
la deidad de las sombras funerarias
y tronchó en flor la vida del maestro,
del sabio austero, del poeta ilustre!
¡Oh fuerza del Destino!
¡Quién pudiera, en las horas solitarias,
variar tu rumbo y prolongar la vida
de los genios que luchan en el mundo!
¡Con qué placer el alma conmovida
por un amor profundo,
viera triunfar sus bellos ideales
como soles de glorias inmortales!...
Al fin, el noble anciano
su muerte presintió, soñó en la Patria,
siendo siempre el poeta, el ciudadano
de esclarecida mente,
y se durmió ¡oh dolor! eternamente...

Pero una ley existe que es sublime,
que rige al universo,
que castiga al perverso
y ensalza la virtud, erige altares
al genio, que ilumina toda idea,
que siempre lucha y que portentos crea;
ya los mundos veneran su memoria;
las Musas lloran; cantan los poetas,
y todo es himno de alabanza y gloria!
Las coronas de espinas
que en vida le tegieron
sus émulos que nunca comprendieron
lo que había en su espíritu divino,
florecen en su hermosa sepultura,
en donde ya fulgura
la aureola inmortal que nadie empaña,
porque es gloria de Chile y de la España!

¡Patria, Patria querida, tú que fuiste
grande en las lides y en las glorias grande,
eternas como el Ande,
inmortaliza en bronce,
en severo, grandioso monumento,
al cantor inspirado,
á Barra laureado,
al egregio titán del pensamiento,
que con su genio engrandeció tu vida,
que el mundo aplaude y que tu nombre aclama,
porque es tuya su fama,
y es tu deber eternizar su gloria
en el libro, en el bronce y en la historia!





CÁNTIGA

(Del poeta brasileño Bernardo Guimarães)

A esta sola arboleda,
en que hay tanta sombra leda,
niña, ven!
Por estos alrededores
no existen otras mejores.
¡Es mi edén!

El rubio sol de la tarde
en los verdes montes arde,
y se va...
La luna muy refulgente
por las puertas del Oriente
se ve ya!

¡Oh, brisa del mar undoso,
pliega tu vuelo afanoso!
Y al vaivén
de algún cáliz de azucena,
en esta noche serena,
duerme bien!

Ningunos, en sombra obscura,
podrán ver nuestra ventura,
ni oirán;
y sólo los pajaritos,
ocultos en sus niditos,
nos verán.

Del bosque entre los verdores
se ocupan ellos de amores,
cual los dos;
y á nadie cuenta la luna
los secretos de alma alguna...
¡sólo á Dios!

Aquí te espero, querida,
en verde grama florida.
¡Oh, ven, ven
á la sombra de este abrigo
á hablar á solas conmigo,
¡dulce bien!





¡MADRE MÍA!

(En el aniversario de su muerte)

I

Llegaste al fin, con funerales brumas,
inolvidable día de pesares,
despertando en el alma los recuerdos
de mis maternos y queridos lares!

Era muy niño. En inocentes juegos
correr dejaba los floridos años,
sin columbrar en tan felices días
del porvenir los tristes desengaños.

Inquieto cual voluble mariposa
vagaba por los bosques y praderas,
aspirando el aroma de las flores
al venir las sonrientes primaveras.

Así contento en mi niñez vivía;
todo era para mí placer y encanto,
ora del aura el refrescante soplo,
ora del ave el delicioso canto.

Ya por las tardes, cuando el sol estivo
inclinaba su faz al Occidente,
hacia el hogar sonriendo me volvía
con muchas ilusiones en la mente.

Pero al ver á mi madre idolatrada,
muy llena de respeto el alma mía,
me acercaba á besarla con ternura
y en el regazo maternal dormía.

Al despertar de mis dorados sueños,
la voz oía de mi madre amante
prodigando consejos muy hermosos
con la atracción de un astro rutilante.

Porque en el corazón la madre tiene
un gran tesoro tan heroico y santo,
que es el amor igual para sus hijos,
pues cubre á todos con un mismo manto.

II

Entre infantiles y festivos juegos
las primaveras de esa edad pasaron...
Las flores de mis bellas ilusiones
por agudo dolor se marchitaron.

Con la inocencia y el candor de niño
creía en el placer, de eternas galas,
y á su atrayente luz llegué gozoso,
dejando en ella las ingenuas alas!

Sumido en las tristezas de mi suerte,
busqué un refugio al corazón herido
y hallé los brazos de mi tierna madre
y oí su dulce voz:-- «¡Hijo querido!...»

Pálida, enferma, en angustioso lecho
cayó después... Mas, nunca de su lado
me separé un instante, y mi cariño
dábale vida al corazón helado!

Al fin, la enfermedad minó su cuerpo...
Murió en mis brazos llena de ternura...
La fe en Dios á los cielos la guiaba,
y allá su alma se fué tranquila y pura!

III

En el mar proceloso de la vida,
en medio de sus hórridas tormentas,
sin luz que guíe mi insegura barca,
tú, madre mía, sólo tú me alientas.

Y con valor afronto las zozobras,
al ábrego inclemente del destino,
y con las fuerzas de ignorado atleta
busco la excelsa gloria en mi camino.

Porque un mundo de bellas esperanzas
se agita en mi cerebro noche y día;
¡deidades intangibles de la idea
que deleitan mi ardiente fantasía!

Y he de vencer las zarzas del sendero,
y he de llegar á la potente cima,
que el hombre que no triunfa en el combate
á la gloria inmortal no se aproxima!

¡Llegaste al fin, con funerales brumas,
inolvidable día de pesares,
despertando en el alma los recuerdos
de mis queridos y maternos lares!

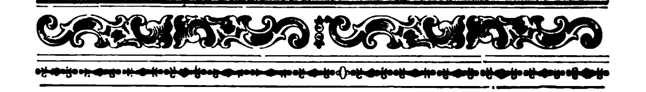
En este día de profunda pena
vierten mis ojos un raudal de llanto;
pues recuerdo tu amor y tu cariño,
¡oh, madre mía, mi más dulce encanto!

Fuí en la mañana á colocar muy triste
en tu sepulcro las más lindas flores,
y oré por tí, escondido en los cipreses
que los vientos agitan gemidores.

Á donde quiera que mis pasos lleve
el adverso destino de mi vida,
tu imagen, tus afectos y tu nombre
conmigo siempre irán, madre querida.

¡Adios, madre! El bordón del peregrino
me acompaña en la mísera existencia;
guía mis pasos; cuida mis angustias,
y me tendrás un día en tu presencia!





CANCIÓN

Yo conozco una flor hechicera
que ha nacido en un valle del sud,
donde ostenta gentil primavera
su perenne y triunfal juventud.

En el pueblo la admiran y adoran;
es la estrella de raro esplendor,
porque bienes sin fin atesoran
su belleza, su alma y su amor.

Esa flor, esa estrella divina,
es la joven de tierno mirar,
que mi obscuro sendero ilumina
y me alienta, en la gloria, á soñar!

Es su cútis muy albo y hermoso,
es su boca encendido rubí,
donde va con afán cariñoso
á besarla una tímida hurí.

En su frente la idea palpita,
en sus ojos fulgura el amor,
y en su rubia y vivaz cabecita
hay constantes ensueños en flor.

En su grácil, flexible cintura
hay donaires de palma y bambú,
cuando el aura se inquieta y murmura
en las hojas de glauco tisú.
....

¡Cuánto más yo decirte pudiera
en mi humilde, sentida canción;
pero teme mi alma sincera
ofender á tu fiel corazón!

Te deseo que grandes dolores
nunca encuentre tu bello existir;
que virtud, alegría y amores
te engalanen feliz porvenir.

¡Cuán feliz tu cantor viviría
si la dicha llegase hasta tí,
y del mundo no vieras un día
el error en su cruel frenesí...!

¡Cuán feliz, si en la noche callada
te afligiera un ignoto dolor
y en mis versos, con dulce mirada,
recordases al triste cantor!



EL NARANJAL

(Del poeta brasileño Augusto de Lima)

La Flora virgen, diosa del sér enamorado,
pasando cierto día por un extenso prado,
—«Aquí, exclamó, un nidito yo haré para el amor.»
El alba, en ese instante, lanzaba su fulgor
como abanico abierto sobre los verdes montes;
los besos de las auras henchían horizontes
como caricias tiernas que hacían palpitar.
Huír no se podía; forzoso era amar.
La cornucopia abriendo, la diosa dijo así,
con celestial sonrisa, con raro frenesí:
—«Hé aquí el calor de flores, de vida y de placer.
Amantes corazones, venid aquí á beber
la linfa de los goces, de las pasiones tiernas;
y oid que todas siempre serán, en premio, eternas.
Yo todo lo permito; los goces brotarán;
pero evitad encuentros y burlas del dios Pan.
Tenedlo así presente; mas, mucho precaveos
de todos los abusos que excitan los deseos.
El vino de los goces embriaga muchas veces
y en tráfagos de amores evítense embriagueces.
Oíd otro consejo que no será olvidado:
á su pareja el hombre limite todo agrado.»

Y el vaso de las nupcias, de gracias abundosas,
vertió la bella Flora, mas no encendidas rosas
de trágicas pasiones, y sí las virginales
y blancas florecitas de verdes naranjales.
Rompiendo los botones, los pétalos se abrían
y el polen y el aroma las auras esparcían,
y tanto, que formaron un nimbo en la amplitud,
cubriendo la mañana con mucha prontitud.
Decía con asombro la gente allí mirando:
—«¡Qué candidez de nieve! ¡qué aroma rico y blando!»
De dos en dos llegaron los tiernos amadores
y en grupos muy festivos estaban decidores,
después de oír alegres el matinal convite.
Y en inefable dicha, sin Dios que la limite,
sobre celeste aroma que idealizó el deseo
engólfase abrazado con Flora el Himeneo.
De este divino enlace provino la simiente
que es germen de la tierra; pues surgen lentamente,
con fuerzas ignoradas, con savia tropical,
las flores de este inmenso, ¡tan verde naranjal!
En donde, amada mía, trocando corazones,
trocando las promesas con puras emociones,
grabamos en un tronco de ramas coronado
tu nombre junto al mío muy bien entrelazado
y de los dos hicimos, con sin igual primor,
un solo y bello nombre, que un mundo fué de amor!



MISTERIO

(Á Carlos Wargny)

Los intangibles átomos que vagan
por el aire, en miriadas confundidos,
¿son partes integrantes de otros séres
que hoy fluctúan en polvo convertidos?

¿Por qué brillan con múltiples colores
cuando el sol con sus rayos pudibundos
los vastos horizontes ilumina?
¿Son talvez mensajeros de otros mundos?

¿O es acáso otro mundo misterioso
que vaga por la bóveda del cielo? (*)
¿Tienen alma esos séres que lo pueblan?
¿Cuál es su vida, su misión, su anhelo?

(*) La vida en la atmósfera y en los astros ha promovido en Europa discusiones muy interesantes. Humphrey, Davys y Lavoissier se ocuparon de la población del aire y de su influencia en la Naturaleza. Flammarión habla de esto en varios de sus libros incomparables. No há muchos años, Alba Edison, el célebre inventor de la Luz Eléctrica y del Microtoxímetro, aseguraba también la realidad del mundo aéreo, cuyos séres, tan infinitamente pequeños, se ocultan á la vista del hombre que no ve sus movimientos, ni siente el vocear continuo de una lengua maravillosa y desconocida.—(N. del A.)

¿O bien la ignota raza de gigantes
que formará la humanidad futura,
y cuyo genio encontrará el secreto
del *Principio* y el *Fin* de la Natura?

¡Oh, Creación!... Arcano inescrutable
que el hombre intenta descubrir en vano...
¡Sólo hallará el origen del misterio
cuando esté libre el pensamiento humano!

Cuando la Ciencia y la Moral fulguren
en cada hogar y en cada entendimiento;—
sin odios, sin envidias, ni ambiciones
verá el hombre su propio valimiento;

Cuando Razón, Verdad, Amor, Justicia
sean divisa y ley de las Naciones;—
sin guerra infanda, sin poder tirano,
todos alcanzarán sublimes dones.

Entonces, sí, que en alas de su genio
descubrirá el origen de la vida,
que mientras más perfecto sea el hombre,
recibirá de Dios la Paz perdida!





FLORES Y LIBROS

(IDILIO)

ESPÍRITU invisible, fuerza increada,
que los orbes sujetas con la mirada,
yo te venero,
porque tú eres el solo Dios verdadero!

Tú cubriste de mundos el firmamento,
y á los hombres dotaste de pensamiento,
que es dón precioso
y manantial de ideas siempre abundoso.

Tú diste luz y vida: murmurio al río,
y melifluos arpegios al bosque umbrío,
al mar las olas,
y al pescador humilde las barcarolas.

También al ave diste dulces cantares,
amores, alegrías y hondos pesares;
tal como al hombre,
que goza y sufre, amando tu excelso nombre!

La mejor maravilla de la Natura,
después de Adán y Eva con su hermosura,
fueron las flores,
emblemas de las gracias y los amores.

Á su mágica influencia, la Poesía
formóse recreando la fantasía;
con su belleza
progresaron las artes con gentileza.

La Poesía es ángel que en dulce calma
amoroso murmura dentro del alma;
tiene su acento
el ingenio, y la gracia, y el sentimiento.

¿Quién desdeña las flores de la pradera,
cuando llega sonriente la primavera?
¡Todo renace,
y cada efluvio es vida que nos complace!

¡Oh, dorados ensueños del alma mía,
que ilusionan de gloria mi fantasía!
¡Libros y flores
si conmigo tuviera con mis amores!

Cabe la verde margen de un arroyuelo,
en cuya linfa clara se mire el cielo,
una morada
cual solitario nido viera yo alzada.

El santuario sería de mis amores,
con pájaros canoros, libros y flores,
y ledas brisas
llevaran de este idilio tiernas sonrisas...

Mi linda compañera, mi niña amada,
la de azules pupilas y tez rosada,
vería ansiosa
las verdades que anhela la fe dudosa.

Pues los libros enseñan grandes portentos,
muchas y bellas artes, raros inventos;
con la lectura
nutriránse las almas de ciencia pura.

Entre cantos y risas, lágrimas pocas,
muy juntas nuestras almas y nuestras bocas,
y sin excesos,
serían nuestros goces y nuestros besos!

Quien modera los goces, tiene en la vida
salud y mente clara, fuerza adquirida
para los años
que vienen, muchas veces, torvos y huraños...

De mi adorado Chile, flor de las flores,
pues naciste en la tierra de mis mayores,
¿quiéres, bien mío,
que una vida sigamos sin desvarío?

Ven, mi niña, y formemos una morada
muy cerca de este río, de esta enramada,
y aves parleras
canten nuestros amores muy lisonjeras.

La flor dará su aroma, su canto el ave,
el río transparente su ruído suave,
su luz el cielo,
tan seductora y grande cual nuestro anhelo.

Y alba tú como el lirio, buena y hermosa,
con nacarados tintes de fresca rosa,
tu rubio pelo
y tus ojos tan lindos serán mi cielo,

Mi cielo de esperanzas, de amor y vida,
refugio de las penas de alma afligida;
con tu mirada
la mansión de la dicha veré formada.

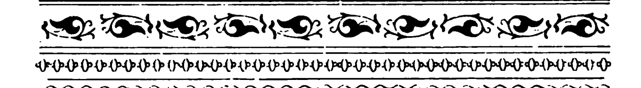
Como el agua del río, clara y bullente,
que entre hierbas y guijas va al Occidente,
siempre á tu lado
irá mi vida inquieta de enamorado.

No importan las tormentas del mar bravío,
ni rayos, ni huracanes, ni el poderío
de las pasiones,
para que amen y triunfen los corazones!

Cerca del bosque umbrío, de los alcores,
estará la morada de mis amores,
y libros bellos
darán á nuestras mentes vivos destellos!

¡Si llegara este idilio, ¡cuántos cantares
mi Musa entonaría libre de azares!
¡De año en año,
de nadie sufriría ningún engaño!...





REMEMBRANZA

(Del poeta brasileño Joaquín Serra)

Alba, más alba que nevado cisne
que se sumerge y su plumaje lava;
alba como el vestido de una novia,
más alba, aún más alba!

Rubia, más rubia que la nube linda
que dora el sol en la poniente ruta;
rubia como la virgen ossianesca,
más rubia, aún más rubia!

Bella, más bella que un rayar de aurora,
después de obscura noche de tormenta;
bella como azucena con rocío,
más bella, aún más bella!

Dulce, más dulce que el rumor del aura...
parecen de otro mundo sus virtudes...
dulce como un cantar de serafines,
más dulce, aún más dulce!

Casta, más casta que la débil hoja
que se estremece si alguien va á tocarla;
casta como la Virgen de Judea,
tan casta fué, ¡tan casta!





Á UN ARROYUELO

Al contemplar tu corriente,
rumorosa y cristalina,
que el almo sol ilumina,
un dolor mi pecho siente.

Siempre, tranquilo arroyuelo,
yo me acordaré de tí;
porque en tus orillas ví
la niña de ojos de cielo.

La dulce niña que hallé
hermosa como una flor,
por quien suspiro de amor
y por ella moriré!

Los dos vimos tu corriente
y tus márgenes floridas,
y eran puras nuestras vidas
cual tu linfa transparente.

Siendo el lirio de este val
por su hermosura y candor,
no conocía el amor
su alma tierna y virginal.

Era yo niño, y vagaba
ya por el bosque sombrío,
ya por la orilla del río
y en sus ondas me bañaba.

Mi vida inocente y pura
no conocía del mundo
ni amor, ni dolor profundo,
ni placeres, ni amargura.

Era mi gozo la huerta,
eran mi vida las flores
y eran todos mis amores
mi tierna madre... ya muerta!

Pero una tarde estival,
por estos sitios vagando,
vi á mi niña caminando
hacia un verde naranjal.

Ella besaba una flor,
y nuestros ojos se vieron,
y nuestras almas sintieron,
sintieron lo que era amor.

¡Dios sabe cuánto la adoro!
¡Dios sabe cuánto he soñado
por verla siempre á mi lado;
pero, en mi infortunio, lloro!

Y sigue siendo en mi vida
el ángel de mi ilusión;
por eso en mi corazón
llevo su imagen querida!

Ella otro rumbo siguió,
que así el destino lo quiso...
¡Ella es flor del Paraíso
y un triste cantor soy yo!

¡Adios, bullente arroyuelo,
memoria de un bien querido!
¡Nunca en mí tendrás olvido!
¡Siempre en tí hallaré consuelo!





¡OH, VEN...!

Oh, ven, ven á mi lado, pobre niña,
antes que el velo de la noche ciña
el valle, la montaña y el hogar.
Aquí hallarás un abrigado asilo,
risueño albergue en que viví tranquilo
en mi niñez con el febril soñar.

Sin madre y sin hogar tú vas llorosa
por la agreste campiña, presurosa,
desatentada y loca de dolor.
Henchido de pesar y de amargura
tu pecho gime en inocencia pura
por el sér que te dió todo su amor.

La buscas y la llamas con angustia
y vas llorando, con la frente mustia,
cogiendo flores para ornar su sien.
¡Tierno tributo que una hija ofrece
al maternal amor, que no perece
sino que dura cuanto dura el bien!...

Ven á mi lado, niña desgraciada,
que vagas de la vida en la alborada
errante y fugitiva, en la orfandad.
Aquí hallarás consuelo en tu quebranto,
séres que enjuguen tu abundoso llanto
y te digan palabras de piedad.

Y ya contenta pasarás tu infancia,
aspirando la nítida fragancia
de las variadas flores del pensil.
Aquí el dolor extinguirá sus males
y soñarás en dichas celestiales
que te harán más hermosa y más gentil.

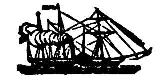
Aquí verás los pájaros canoros
en las ramas, con cánticos sonoros,
sus primorosos nidos fabricar.
Verás por las mañanas del estío
cómo tiembla en las flores el rocío
al soplo de las auras al pasar.

Tu vista admirará la perspectiva
del sol, y de la tierna sensitiva
que tan humilde crece en el verjel;
y te verás en ella retratada,
con tu alma virginal y apasionada,
como en el lago azul tu imagen fiel.

Mas, al llegar la tarde lentamente,
tornando al cielo en rosicler luciente
el sol, con su más vívido color,
hacia la orilla de la mar iremos
y al són del ruído de pesados remos
oirás murmurios de placer y amor.

Allí el pesar al corazón no abruma;
allí la dicha, cual dorada espuma,
diáfana brilla en vaporoso tul.
Todo es placer, amor y bienandanza,
que dan alas de luz á la esperanza
para lanzarse al horizonte azul.

Pero, si esto no basta á tus pesares,
cruzaremos el mar y á sus azares
expondremos la vida y el dolor.
Ven, y juntos iremos por el mundo,
que ambos sin madre, con dolor profundo,
hemos de hallar consuelo en el rigor...





LAURA

(Del poeta brasileño Bruno de Seabra)

—De dónde vienes?—De casa.
—¿Vas á la fiesta?--Se vé.
—¿Tan solita?—¿Qué le importa?
—¿Voy contigo?—¿Para qué?

—Para enseñarte el camino...
—Yo le agradezco el favor,
que estos sitios, de memoria,
los sé muy bien, mi señor.

—Mira, si el diablo te encuentra...
—Hablaría á Satanás.
—¿Y si él te pidiera un beso?
—Dos le daría, y aún más.

—Ven ahora; el beso dáme,
porque el demonio yo soy.
—Ya me estaba pareciendo...
será otra vez, que me voy.

—De esta vez irá un abrazo...
—¿Abrazo?—Sí, ven acá.
—El otro día mi madre...
—¿Qué te dijo la mamá?

—Que la muchacha soltera,
en abrazando á un rapaz...
hierve en sus venas la sangre,
y después...—¿Y después?—¡Zás!...

Arremangando el vestido
echóse Laura á correr,
dejándome allí suspenso,
con la sangre á todo arder!



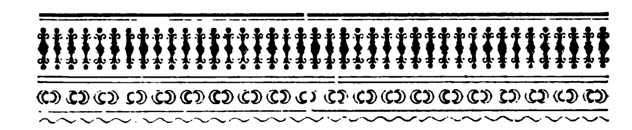


EN EL BOSQUE

UNA mañana de ardoroso estío
vagué muy triste por el bosque umbrío.
Los pájaros cantaban dulcemente
cuando ya el sol brillaba en el Oriente.
Un limpio arroyo murmurar se oía
y por la fronda el céfiro bullía.
En verdes hojas y pintadas flores
el rocío brillaba á los fulgores.
Por el azul purísimo del cielo
tendí la vista, y dije sin consuelo:
—«La flor, el ave, el sol, el campo, el río,
ya no inspiran placer al canto mío.
En mi inmenso dolor, hechas girones
cayeron mis queridas ilusiones.
Rotas están las cuerdas de mi lira,
débil mi voz, mi ánima suspira;
porque el mundo es un árido desierto,
pues todo mi ideal, mi amor ha muerto!...»
Así aquel día yo clamé llorando,
y en triste porvenir quedé pensando;
y quise regresar á mi cabaña,
que se hallaba distante en la campaña.
Mas, al andar, ¡oh dicha! la voz pura
de una niña escuché con gran ternura.

Fueron su voz y su presencia hermosa
una celeste aparición de diosa.
Su corazón y el mío allí sintieron
efluvios del Edén... ¡se comprendieron!
Feliz con ella recorrí aquel prado,
y olvidé mi dolor infortunado.
La flor, el ave, el sol, el campo, el río,
dieron inspiración al canto mío!
¡Cuán instable es el gozo de la vida
para el alma que sueña dolorida!
El verano pasó con su hermosura
y el invierno llegó con su tristura.
Airado sopla el cierzo proceloso
y cubre el cielo un manto pavoroso...
¡La bella niña ha muerto en su cabaña
y está ya sepultada en la campaña!
Al pie de este naranjo florecido
mi amada para siempre se ha dormido!
Pura, como el capullo de la rosa,
se fué del mundo á la mansión gloriosa;
pero, en su tumba canto mis pesares,
viendo caer los blancos azahares!...





EN UN ÁLBUM

Como el suspiro vago y doliente
que el aura deja de flor en flor;
como los rayos del sol ardiente
en los arbustos del bello alcor;

como el rocío, cuando la noche
su lloro vierte por el jardín,
y abren las flores variado broche
que esparce aromas por el confín;

como en la orilla del mar tremante
las olas mueren entre albo tul;
como en su claro seno ondulante
duermen los astros y el cielo azul;

como las notas de un arpa de oro,
y el suave canto del trovador;
como del ave trino canoro,
y el ¡ay! de un alma que sufre amor:

así es el Álbum, virtuosa Elvira,
bello resumen de un puro ideal;
en cada hoja siente y suspira,
con sus anhelos, alma inmortal.

Aquí el poeta sus cantos deja;
aquí palpita su corazón;
en cada estrofa su alma refleja
las esperanzas de una ilusión.

¡Llene de versos y de alegría
tu Álbum precioso de juventud,
la casta Musa de la armonía
con sus encantos y su virtud!

Guarda estas flores, ya sin frescura,
descoloridas por el dolor;
pero, tú puedes con tu hermosura
darles aroma, vida y color.

En cambio, niña, yo te deseo
de amor y dicha todo un edén;
virtud y ciencia, que en ellas veo,
para tí, glorias de un dulce bien!





NUEVOS CANTARES

Por tí la calma perdí,
por tí sé lo que es querer,
que el amor que me inspiraste
nunca lo has de comprender!

Son las hebras de tu pelo
finísimos rayos de oro,
y tu boca, dos claveles
frescos, fragantes y rojos.

Como las flores del huerto
son las ilusiones, niña;
el viento del desengaño
lleva sus hojas marchitas.

En tu rostro de azucena,
donde dos rosas se ven,
un lunar tienes muy lindo
que vale todo un edén!

¡No hay pueblo como Santiago,
ni monte como los Andes,
ni niña como mi niña,
ni madre como mi madre!

Como en la flor el rocío
que absorbe un rayo de sol;
así, con besos, tus lágrimas
secarlas quisiera yo.

El curita de la aldea
hace tiempo que enfermó,
y como á misa no llaman
en vano te busco yo!

Son ¡ay! mis ilusiones
como la espuma
que dejan las olitas
en playa obscura;
¡brillan alegres!
mas, pronto el desengaño
las borra siempre!

¡Ay! cuando partí á la guerra
lloramos juntos los dos!...
Y volví, y te hallé casada!
¡Tu ingratitud lloré yo!

¡Qué obscura la noche estaba!
¡Qué horrible dolor sentía!
¡Toditas las ilusiones
se fueron del alma mía!

Cielo azul, canoras aves,
mucha luz, pintadas flores
y una casita modesta,
¿qué más para mis amores?

Llegó el Otoño, y la brisa
arrastra las hojas secas;
¡ah, si pudiera en sus alas
llevar por siempre mis penas!

Amor con amor se paga
y desdenes con desdenes;
pero te amo y me huyes,
¡no sabes lo que es quererse!

Besé tus labios de rosa
y al punto me estremecí;
¿qué poder tu boca tiene
que causa raro sentir?

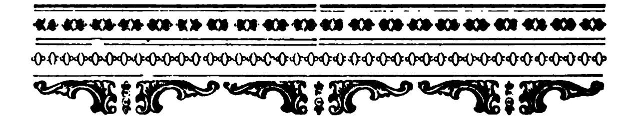
Por tí canto; y si yo muero,
llévame á la tumba flores,
y recuerda en mis cantares
mi terneza y mis amores.

Como las chispas del tuero
que se apagan en el aire,
así fueron tus promesas
y tus dulcísimas frases.

Mi tierna madre y mi novia
nunca jamás volverán;
pero, en Noviembre, á sus tumbas
mis pasos me llevarán.

Como azucena tu rostro,
como rosa tus mejillas,
como cereza tus labios,
pero tu alma es más linda.





UNA FANTASÍA DE THALBERG

(Del portugués)

Fué en una sombría noche...
Solo, en la orilla del mar...
¡Ay, tócame tú esos cantos,
porque me hacen recordar!...

Mas, el viento era tan frío!...
Llamé á Dios y esperé el bien...
Y Dios fué mudo, y la tierra,
y el mar, y el cielo también.

Me sonreí! Era una ola
que se acercaba á gemir...
¡Ay, tócame tú esos cantos
que tanto me gusta oír!

¿Un velo de negras nubes
no viene el cielo á turbar?
¡Es que á veces hay placeres
en un triste recordar!

Al acordarme, yo siento
congoja en el corazón...
　　¡Ay, tócame tú esos cantos
　　que tan lastimeros son!

¡Cuán léjos!... Y pude oirte...
No pienses que yo mentí...
　　¡Que el viento y las rocas digan
　　cuánto yo llamé por tí!

No me oiste. El oceano
Oyó mis ayes!... ¿Sabrás...?
　　¡Esta música es muy triste!
　　¡Ay, nó, no la toques más!





UN CUENTO DE HADAS

Cuando Delfia nació, se reunieron
en un palacio azul las buenas hadas
y por raros afectos inspiradas
bellezas á su cuerpo todas dieron.

Y dicen que los duendes y los gnomos
testigos fueron de tan rara escena,
y que la noche límpida y serena
convidaba á pensar en lo que somos.

Con mágico poder muy lindos coros
sonaron por los ámbitos sagrados,
compuestos por los músicos alados
con salterios y pífanos sonoros.

Era un albo cendal ornado de oro
el traje de las hadas; pues, la blonda,
con perlas y rubíes de Golconda,
era rica labor de orfebre moro.

El color de sus alas traslucía
las maravillas de virtudes raras,
y en las bellas facciones de sus caras
el sublime ideal resplandecía.

Las alas del amor eran de rosas;
de la inocencia, albísimas y azules;
del dolor, las cubrían negros tules;
de esperanza, muy verdes y preciosas!

Y en una sala espléndida yacía
la tierna criatura de mi cuento,
oyendo de las aves el concento
que entre aromas de flores discurría.

Oro á su cabellera le pusieron,
á su cutis, del lirio la blancura,
en sus mejillas, rosa fresca y pura,
y un bello porvenir le prometieron.

Pero la reina de las hadas dijo:
—«Le falta su ideal: será la ciencia,
ya que Dios la dotó de inteligencia»,
y besando su frente, la bendijo.

Y la niña creció... Por las praderas
holgaba tan alegre entre las flores,
que su vida era luz, cantos y amores,
y sus años hermosas primaveras.

Sus pasos juveniles vigilaron
siempre las hadas con afán prolijo,
y ante sus ojos le pusieron fijo
el ideal que un día le dejaron.

Y creció; mas, recuerda con ternura
su venturoso hogar, y que era niña
cuando alegre vagaba en la campiña
tapizada de flores y verdura.

La ciencia recreó su fantasía;
y en el hogar tranquilo su existencia
se desliza feliz, y en su conciencia
resplandece la luz de un puro día.

Mas, yo no sé que sueñe con las hadas,
con el palacio azul lleno de flores;
pero sé que despliegan los Amores
las alitas de luz en sus miradas!





DESILUSIONES

POR las frondas de la selva,
como una sierpe de plata,
se desliza el manso arroyo
á fecundar la campaña.

Las aves tienen sus nidos
ocultos entre las ramas
y son felices en ellos,
ni envidiosas, ni envidiadas.

Cuando en la cima del monte
aparece la alborada,
entre coloquios muy tiernos
al cielo tienden las alas.

El vientecillo travieso
rumorea en la fontana
y va por las gayas flores
llevando amor y fragancia.

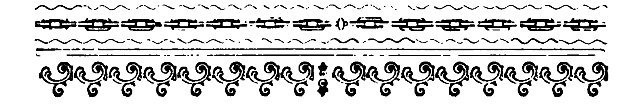
Las aves cantan alegres,
porque sienten, porque aman,
y es todo un palacio el nido,
y es todo un amor el alma!

En este paisaje hermoso
puede verse á la distancia
la choza del campesino,
donde sus hijos le aguardan.

El humano vocerío
hasta este sitio no alcanza...
¡Sólo aquí el silencio reina
y reina la paz del alma!...

Así he soñado la dicha
desde mi más tierna infancia;
mas, ¡ay! en mi suerte adversa
canto ya sin esperanzas!...





¡BASTA UNA VEZ!

(Del poeta brasileño A. Gonçalves Dias)

Si quiéresme á tus pies arrodillado,
pero ufano de verme así rendido,
ó bien en mudas lágrimas bañado;
vuelve piadosa,
vuelve los ojos.
¡Basta una vez!

Si quieres que me arrastre por la tierra,
besando el ruedo de tu traje hermoso,
callando mi dolor que el pecho encierra;
díme al oído,
díme:—Te quiero.
¡Basta una vez!

Y si gustas oírme que en la lira
con sencillez divulgue mis amores
y lo que el alma con afán suspira;
díme, preciosa,
díme:—Te amo!
¡Basta una vez!





PENUMBRAS

(Á FÉLIX ROCUANT É HIDALGO)

En mi niñez florida
soñé con los amores
y creí que la vida
era sólo de ensueños y dulzores.

Con loco afán la gloria
fuí á buscar por el mundo
y encontré la irrisoria
falanje del engaño más fecundo.

Y penetré en el templo
de la ciencia y el arte
y quise dar ejemplo
de rudo batallar en toda parte.

¡Ay! mi Destino ciego
llevóme hacia la cumbre
de todo bien, y luego
me hizo descender con pesadumbre.

Y mis años pasaron
en soledad intensa...
Las penas me dejaron
blanco el cabello y desventura inmensa!

También un pajarillo
cuidaba con esmero,
y mi cantor sencillo
de su alcázar dorado huyó ligero.

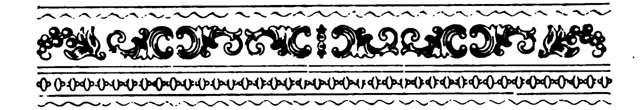
Hasta las aves tienen
amores inconstantes;
ya revuelan, ya vienen,
y buscan otros nidos más distantes!

Y pasan por la fronda
vientos, aves, olores;
sólo en el mar la onda
solloza y gime al par con mis dolores!

Pues, cuanto adoro y miro
se muere ó desvanece
como un vago suspiro,
como una flor que lánguida fenece.

Sin fe, sin ilusiones,
mis tristezas cantando
en acordados sones,
al lecho de la muerte voy llegando.





LA ROSA

(Del francés, de M. Chênedollé)

(Á Clemente Barahona y Vega)

El ambiente embalsamado de las brisas matinales
ya despliega de tu seno los colores virginales,
que son lema sacrosanto del pudor y del amor.
En el Mayo florecido donde quiera estás ¡oh rosa!
descollando por tu aroma, por tu gracia deliciosa,
¡oh, gran reina de las flores, te saludo con fervor!

Cuando el broche se desata de tu cáliz encarnado,
el bullente cefirillo, de pasión entusiasmado,
va contando que has nacido por el campo y el verjel;
y la linda Primavera con cariño te decora
y te mece la corona, toda símbolo de Flora,
cornucopia de la vida de la niña y del doncel.

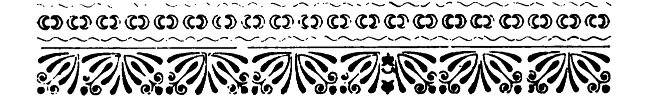
¡Oh, tus méritos se admiran, porque toda su grandeza
la sonriente Primavera la ha cifrado en tu belleza!
¿No eres gala de la virgen que te busca con afán?
¿El amor no se comprende por tu aroma y tus colores?
¿Y en los cantos del poeta no eres gozo en sus amores,
que en la noche de los siglos por tu fama vibrarán?

Por tí luce esplendorosa Primavera perfumada
y es su seno fresco y rojo cual tu tinta carminada;
tu reposo y tus sonrisas brillan siempre en el pudor,
cual fulgura en la mañana la salida de la Aurora
que por verte en tu reinado se engalana y se colora,
con su clámide más bella por el nítido claror!

Mas ¡oh rosa! cuán instables son tus plácidos colores!
Pues en vano el alba llora presentándote loores,
que hay dos soles en tu vida: son tu infancia y tu vejez;
cuando viene la mañana, juventud y hechizo alcanzas
y contigo en los jardines vense amores y esperanzas,
pero dura sólo un día tu más regia esplendidez!

Ve caer la tarde triste la corona marchitada
de tu lánguida cabeza por los dioses adornada,
y en tí muere, flor de flores, el fulgor de la ilusión;
¡y los céfiros ingratos sobre el césped florecido
ven tus ruinas á mis plantas y no sienten tu gemido,
ni tus flébiles clamores al morir tu corazón!...





CANTARCILLOS

En el mar la luna riela
como una paloma blanca;
así en tus ojos azules
brilla el candor de tu alma.

¿Quiéres saber un secreto,
que no has soñado, ni oído?
¡Acércate, niña hermosa,
pon tus labios en los míos!

Espinas la rosa tiene,
aguijón la abeja de oro,
y tu preciosa mirada
desdenes que causan lloro.

Del alero de tu casa
las golondrinas se van.
¡Ah, si pudieras seguirlas
á la mía donde están!

Venías del camposanto
con tu trajecito negro,
y ví tus ojos ¡Dios mío!
y de amor me creí muerto!

Temblaba el ave en el huerto;
estaba sola y con frío;
la dí calor, y gozosa
voló cantando á su nido.

Era una noche de luna,
soplaba aromado ambiente,
la flor y el ave dormían
y yo pensaba en tu suerte!

El pajarillo que trina,
el arroyo que murmura,
la brisa que rumorea
cantan, niña, tu hermosura.

No te enojes, madrecita,
si yo suspiro de amor;
¡él también suspira ausente
y es muy grande su aflicción!

En este jardín hermoso
cuido una flor con esmero;
es la flor que tú plantaste
y la has llamado recuerdo.

Tus penitas de otros días
no me vengas á llorar,
que hay muchos que las oyeron
en las riberas del mar.



LA MUJER

En el erial camino de la vida
es la mujer del hombre compañera;
por ella vive y en el mundo impera
con ingenio y valor bajo su egida.

Es la diosa del cielo descendida,
más bella que una flor en primavera;
es la amada, la esposa fiel, sincera,
al ósculo de amor enternecida.

Es la madre que al hijo cariñoso
amante besa en el hogar risueño
y consejos sin fin en él le ofrece.

Ella es vida y amor. ¡Oh, sér dichoso,
del corazón del hombre tú eres dueño!
¿Quién, al verte, de amor no languidece?



MADRIGAL

Estaba tiernamente enamorada
del Céfiro una Rosa,
y cuando más lozana y olorosa
se erguía en el rosal entronizada,
El Cefirillo blando
ocultóse en sus hojas suspirando.
—«¿Qué traes, dueño mío?»
—«Un beso de María,
que es bella como el alba en este día,
y guárdalo entre púrpura y rocío,
que un beso virginal es un tesoro!»
Y el Céfiro voló. La flor amante
suspiró de terneza
y un suave rayo de oro
iluminó su espléndida belleza.
¡Qué dulcísimo instante!
Entonces comprendí, casta María,
el amor de las flores
y el beso de las vírgenes hermosas
que los céfiros guardan y las rosas.
¡Si aquella flor tuviera!... ¡En sus olores
el beso tuyo siempre encontraría!





CANCIÓN

(Del poeta brasileño F. Dias Carneiro)

Tus ojos brillantes
me ciegan de luz!
Son vivos luceros
del diáfano azul;
son rayos que arroja
un bello querub;
son ojos que agitan,
que dan inquietud;
tus ojos brillantes
me ciegan de luz!

Mas, ¡ay! que no tengan
tus ojos tal dón
que diesen la muerte,
no fuego de amor,
no al alma el delirio,
no al pecho aflicción,
y al sér no arrebaten
que un día los vió.
Mas, ¡ay! que no tengan
tus ojos tal dón!

Tu cuerpo se mueve
cual concha en el mar,
más leve y más dulce
que un albo cendal,
más ténue que pluma
que al aire se va.
Si el baile el vestido
te agita en su afàn,
tu cuerpo se mueve
cual concha en el mar!

¡Más vale que nunca
pensara yo en tí,
ni hubiera sentido
tu cuerpo gentil
volar presuroso
en danza sin fin!...
¡Si verte pudiera,
sería feliz!...
¡Más vale que nunca
pensara yo en tí!

Tus senos me turban
la vista y razón;
sus formas encierran
divino primor...
¡Oh, dulces cautivos,
romped la prisión,
que inquietos y alegres,
de rico pudor,
tus senos me turban
la vista y razón!

¡Dios hace en la tierra
mujeres así!...
¿Son locos los seres
que sienten por fin
y amores divulgan
con hondo sufrir?
¿Por qué para el hombre
que vaga infeliz,
Dios hace en la tierra
mujeres así?...



¡ERA MI CORAZÓN!

UNA noche, bien mío,
pensaba en nuestro amor desventurado,
y vino el sueño y con sus alas bellas
acarició á mi alma en su quebranto.

Y pronto, dueño mío,
en mi profundo sueño ví tu imagen
dentro mi corazón, y sonreías
con la sonrisa divinal de un ángel!

¡Cuán bella, dueño mío,
te ví esa noche de misterios llena!
¡En tu mirada sorprendí la gloria
y el poema de amor de tus promesas!

En mi ilusión, bien mío,
con santa adoración te fuí abrazando;
y desperté estrechando con ternura
mi propio corazón enamorado!





PÁJARO Y FLOR

(Á Manfredo Poblete y Cruzat)

Ya en la verde grama,
ya de rama en rama
un pajarillo canta sus cuitas y el amor que le inflama:

—«¡Oh, linda azucena,
de casto amor llena,
oye mis trovas, porque sin verte yo me muero de pena!

Eres flor de flores
y ensueño de amores;
por eso el aura besa tus hojas y canta en sus rumores.

Vives en jardines
con celestes fines,
y tu fragancia tiene el hechizo de nardos y jazmines.

La luna, la nieve,
su blancura breve
en tí dejaron, ¡oh, virgen núbil, que mi cantar conmueve!

Cuando Primavera
vuelve lisonjera,
el sol, por verte, despeina el oro por zafirina esfera.

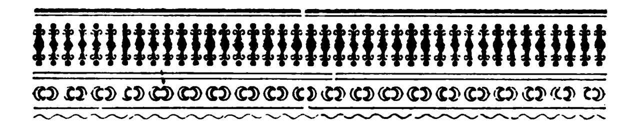
Te amo, te adoro,
eres mi tesoro
dicen mis cantos, dicen mis besos juntos en almo coro!»

La azucena pura
tembló de ternura
y el ave alegre besó sus hojas de magestuosa albura!

Y la flor dejando,
en concento blando
el pajarito cruzó los aires, su triunfo celebrando.

¡Feliz azucena,
de casto amor llena,
también tus glorias, mis cuitas canto, que moriré de pena!





Á MI MUSA

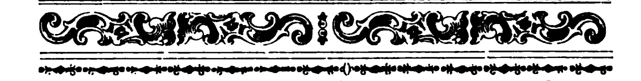
Con fiel empeño sigues, Musa mía,
avivando la llama del consuelo,
y me llevas sonriente al claro cielo
donde reina la dulce Poesía.

Y cantaré,—como en lejano día
cantaba del amor el grato anhelo,—
aun cuando voy con hondo desconsuelo
hacia el descanso de la tumba fría.

En mi jardín se ven marchitas flores;
en mi ilusión no hay luces de alborada,
pero en mi corazón muchos dolores!

Y cantaré contigo, Musa amada,
porque encuentro el edén de mis amores
en las hebras de luz de tu mirada!





¿QUÉ COSA ES DIOS?

(Del italiano, de Aleardo Albardi)

Cuando miro el obscuro firmamento
y el trémulo fulgor
de puntos de oro, de átomos de argento,
yo pregunto:—Decid, ¡oh, luces bellas!
decid, ¿qué cosa es Dios?
—Orden,—responden siempre las estrellas.

Cuando en Abril el río, el monte, el prado,
bajo espléndido sol,
las flores con su pompa han adornado,
miro y pregunto:—¡Oh, plácidos colores!
decid, ¿qué cosa es Dios?
—Belleza,—me responden esas flores.

Cuando en mí tu mirada centellea
y veo tu emoción,

como un rayo de sol viene una idea,
y á tus ojos pregunto con ternura:
—Decid, ¿qué cosa es Dios?
—AMOR!—contestan siempre con dulzura!





LA ROSA Y EL ARROYO

(FÁBULA)

EN un pintoresco val
una Rosa purpurina,
de belleza peregrina,
era reina en un rosal.

Con languidez se inclinaba
al bullicioso Arroyuelo,
que el fúlgido azul del cielo
en sus ondas retrataba.

El Arroyo, conmovido
por extraño sentimiento,
la dice con blando acento:
—«¡Te quiero, y nunca te olvido!»

—«¿Qué otro amor más puro iguala
al del Arroyo y la Rosa?»
divulga el aura afanosa
y aroma de rosa exhala.

Como un suspiro de flor,
como una lumbre fugaz,
como una ilusión falaz
fué aquel idilio de amor.

El aquilón, iracundo,
sopló movido por celo,
arrastrando por el suelo
al lindo rosal fecundo.

¡Pobre flor!... ¡Cómo delira
el fiel amador presente!
Pues, en su clara corriente
con pena llora y suspira!

Así la Envidia persigue
á la virtud y al honor;
mas, si triunfa en su rigor,
mayor desprecio consigue!





SUEÑO Y REALIDAD

(Á Alberto Mauret y Caamaño)

Era una noche. En mi tranquilo sueño
vi un bello panorama
que en el confín lejano se extendía
de tierras ignoradas.

Bordada por el césped y las flores
se erguía una montaña,
hasta perderse en el azul del cielo
la cima de su talla.

Como en la ingente cordillera andina,
de nieve coronada,
se vían chispear de nácar y oro,
de un sol, las llamaradas.

Era la excelsa cumbre de la Gloria,
en cuyo templo alcanzan
su recompensa el Sabio y el Artista
por labor inspirada.

Y dejan en el polvo del sendero,
como sierpe cansada,
á la insolente y criminal Envidia
que en la Virtud se ensaña.

Á su preciosa falda transportóme
la risueña Esperanza,
y gocé del aroma de los campos
que traían las auras.

Alcé á la cumbre la mirada ansiosa,
midiendo la distancia,
y seguí, con el ánimo resuelto,
á escalar la montaña!

—«*¡Excélsior!* exclamé; mi triunfo es cierto!»
Sin ver que la Esperanza
es luz fugaz, ficción de los sentidos
en la existencia humana!

Pues, de pronto caí, lancé mil quejas
y rodé á la ignorada
boca de un grande abismo tenebroso,
de angustias y de lágrimas!...

Al gritar... desperté del raro sueño
y ví por la ventana
que brillaba otro sol, pálido y triste,
¡más triste que mi alma!



CANCIÓN

(Del gallego, de Manuel Curros y Enríquez)

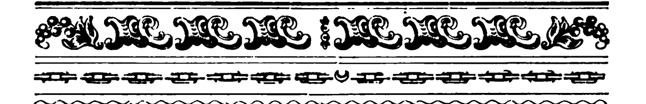
Del jardín en un banco sentada
al reflejo de luna estival,
una niña lloraba sin tregua
de un galán la partida fatal.
Y la niña en sus quejas decía:
--«Ya en el mundo no tengo sostén;
«moriré sin que vean mis ojos
«el amante mirar de mi bien.»
Y los ecos de cruel agonía
se alejaban en alas del viento,
y el lamento
repetía:—
«¡Moriré sin que vea á mi bien!»

Lejos de Ella, de pie sobre popa
de un gallardo, ligero vapor,
emigrado, camino de América,
va sufriendo infeliz amador;
pero al ver golondrinas que vuelan
hacia el linde cercano á su hogar:

—«¡Quién pudiera volverse!» pensaba;
«¡quién pudiera cual ellas volar!»
Mas, la nave y las aves huían
sin oír sus amargos lamentos,
y los vientos
repetían:—
«¡Quién pudiera cual ellas volar!»

Noches claras de luna y aromas
son testigos de intenso pesar;
porque vieron llorar á una niña,
porque vieron un barco marchar!
De un amor celestial, verdadero,
quedan sólo, entre el viento que zumba,
una tumba,
el otero
y un cadáver abajo del mar!...





SENSITIVAS

INTRODUCCIÓN

EN un rayo de sol de Primavera,
entre efluvios de flores,
bajó la tierna Musa de mis sueños,
y á su voz placentera
otros dulces ensueños
tornaron á surgir, y otros amores
que eran de mi alma luz de la mañana
y de mi corazón rosa temprana.

Y la lira pulsé. Mi fantasía
sus alas desplegó. Para su anhelo
estrecha fué la bóveda del cielo
al dilatar su sueño acariciado;
porque el ansia de amar y ser amado
es ideal y guía
por el sendero de la vida humana
á la risueña juventud lozana.

El mundo fué un edén. Las ilusiones
en ruidoso tropel entretuvieron
mis juveniles años;

mas, por vario sufrir lentas cayeron
á los flébiles sones
del himno de los crueles desengaños!
Y al mundo van en alas del ambiente
mis sueños, mis amores
y mis grandes dolores
á vivir y á morir, como las hojas
cuando del árbol caen tristemente
y el viento lleva entre las luces rojas
del sol que muere, y pronto la liviana
sombra las cubre en la extensión lejana!...

I

Si pudiese volar como las aves
por la región azul,
iría yo á cantarte mis amores
donde durmieras tú!

Al decirte al oído:—«Yo te adoro,
¡oh, flor de juventud!»
nuestras jóvenes almas soñarían,
entre mis brazos tú!

Y al verte despertar, cuando tornara
la matutina luz,
besaría amoroso tu alba frente,
y ¡adios! dijeras tú!

———

II

MIRA!... ¡Cómo á la vida
vuelve otra vez la hermosa Primavera
en alas de los céfiros suaves
á su estación florida,
donde todo se anima y reverbera,
donde en la selva umbrosa
concierto forman las pintadas aves,
y en ritmo no aprendido,
desde el caliente nido
al cielo elevan su canción graciosa;
y es el aura más pura; azul el cielo;
los nítidos colores
de las lozanas flores,
y de la aurora el sonrosado velo:
porque la Primavera es armonía,
beso de amor, sublime Poesía!

Sólo en tu corazón no hay Primavera,
ni encanto, ni alegría
que recreen tu joven fantasía;
pues, el fiero dolor en él impera,
pálida niña de azulados ojos,
lirio oculto entre míseros abrojos!...

III

Como el rayo de sol medroso y vago
la sombra al disipar;
así con tu mirar tristes recuerdos
alejas, y se van.

Como la humilde flor que el aura mece
en la tarde estival;
así mi corazón, cuando te veo,
lo siento palpitar.

Como el rocío en cálices de flores
se evapora fugaz;
así se va el pesar y tu amor queda,
¡oh, luz de mi ideal!

VI

Hay momentos muy tristes, bien mío,
de sombras y duelos,
en que el alma por penas ignotas
no encuentra consuelos.

Los halagos del mundo parecen
grotescas ficciones,
y el placer es veneno que mata
las nobles acciones.

En tu imagen yo veo mis sueños,
tu imagen que adoro,
como un astro en el fondo de mi alma
en círculo de oro!

En el soplo del aura percibo
tu plácido aliento,
y en el suave cantar de las aves
tu rítmico acento.

Y pensando en dolores y gozos
que ofrenda la vida,
en tristeza infinita mi alma
no duda, ni olvida...!

VII

LAS rosas son mi amor, mi flor más pura;
porque de rosas coroné su frente
cuando la ví mirando su hermosura
en los limpios cristales de la fuente.

Y se oyeron mis voces angustiosas
cuando muerta la ví mirando al cielo,
y su cabeza coroné de rosas
y su frente besé con desconsuelo!

En cada Primavera el alma mía
recuerda alegre aquella edad pasada,
porque en el campo y en la selva umbría
vivió siempre feliz mi niña amada.

Y cuando vuelve el frío y cano Invierno,
recuerdo triste al caro bien perdido;
porque ese amor que yo creía eterno,
coronado de rosas se ha extinguido!...

VIII

QUISIERA ser el céfiro más suave
que va cogiendo aromas de las flores,
para besar tu rubia cabellera
y decirte al oído mis amores.

Quisiera ser el ave más hermosa
que atraviesa el azul del firmamento,
para cantar y ver tu linda imagen
y recrearme en tu divino acento.

Quisiera ser la luz que te acaricia
el rostro de azucenas y de rosa,
para gozar de tu mirada ardiente
con que fascinas con poder de diosa.

Quisiera ser el ángel de tu guarda
en tu vivir y en tu soñar risueño,
para contigo andar toda mi vida
y ser feliz por siempre, dulce dueño!

IX

En el retrato que me diste un día
tu imagen contemplé,
trémulo el labio y fija la esperanza
de hablarte alguna vez...

Lo besé con pasión. Miré tu rostro
y te ví sonreír!...
¡De esta ilusión dulcísimos recuerdos
renacieron en mí!...

Así la mustia flor vuelve á la vida
por los besos del sol;
así mi corazón, al recordarte,
se estremece de amor!...

X

ESA tarde pasó!... Mi joven alma
sintióse de dolor languidecer,
cual la violeta entre las verdes hojas
su faz oculta y su pesar talvez!

Eran días, y siglos parecían
para mi inquieto, inolvidable amor!...
¡Tanto tiempo sin verte, las tristezas
vinieron al sensible corazón!...

Por fin, el sol de la esperanza mía
iluminó la densa obscuridad,
y sonriendo de amor, tímida y bella,
llegaste donde mí pronta á soñar!

¡Cuánto gozo sentí! ¡Cómo expresarte
la profunda emoción de tanto amor!...
¡Eras la casta virgen de mis sueños
y la atrayente luz de mi ilusión!

XI

En vano intento en la memoria mía
alejar tu recuerdo,
¡si tu rostro en el fondo de mi alma
aparece tan bello!

Por más que la distancia nos separe,
á mi lado te encuentro;
y aspiro de tu boca pura y linda
el aroma del beso!

¿Quién, al mirar tus ojos seductores,
tan brillantes y negros,
no ve el amor, la gloria de la vida,
el colmo del deseo?

Tu alma con mi alma siempre juntas
por un cariño intenso,
proseguirán el áspero camino
de este vivir incierto.

¡No importa que el Destino inexorable
nos sea siempre adverso!
¡Hay que surcar las ondas de la vida
con ánimo resuelto!...

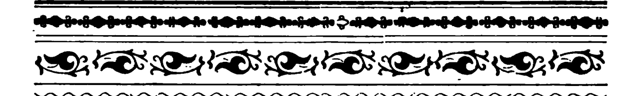
XII

En el jardín las rosas se engalanan
con tímido rubor,
y de nuevo la flor de la alegría
brota en tu corazón!

Ya el cierzo del Otoño se aproxima...
¡las rosas deshojó!
y de nuevo el más rudo desengaño
te aflije el corazón!

¡Todo pasa!... ¡La vida se transforma
como el cierzo y la flor!
y de nuevo, mujer, amas y olvidas!...
¡No tienes corazón!...





EL PINO DE FORMENTOR

(Del catalán, de Miguel Costa y Llobera)

(Á Tito V. Lisoni)

Mi alma quiere un árbol! ¡Más viejo que el olivo,
más colosal que el roble, más verde que el naranjo!
Conserva su follaje de rica primavera
y lucha con los vientos que azotan los ribazos
y quiebran el terreno.

No ve por su ramaje las flores olorosas;
no va la fuentecilla sus sombras á besar;
mas, Dios ungió de aroma su consagrada cima
y dióle por albergue montaña y soledad,
por fuente, mar inmensa.

Cuando la luz celeste renace por las ondas,
en sus preciosas ramas el pájaro no canta;
escucha sólo el grito del águila marina
ó siente que le tocan las gigantescas alas
del buitre que se eleva!

Con el terrestre limo su vida no sostiene;
sujeta sus raíces la roca secular;
las lluvias, los calores, los vientos le visitan,
y, cual profeta anciano, recibe el dón vital
del tierno amor del cielo.

¡Árbol, árbol sublime! Del genio es viva imagen;
domina enhiestas cumbres y mira lo infinito.
Ingrata le es la tierra; mas, goza las caricias
del cielo que le ama, y el temporal bravío
es su deleite y gloria!

¡Oh, sí: que cuando braman los vientos procelosos,
hundirse entre la espuma parece el gran peñasco!
¡Gozoso canta entonces más fuerte que las olas
y triunfador arroja por cima los nublados
su regia cabellera!

¡Mi corazón te envidia! Por donde quiera vaya
he de llevar tu nombre, tu plácido recuerdo.
¡Luchar, vencer sin tregua, reinar sobre la altura,
gozar de luz divina, vivir del almo cielo,
serán mi triunfo y gloria!

¡Arriba, alma grande! Traspasa densa bruma,
y arraiga allá en las cumbres, cual pino secular...
Verás el mar del mundo rendido para siempre,
y en alas de huracanes tus cantos correrán
venciendo tempestades!





CHILE

En el confín de América nacieron
los hombres más valientes de la guerra,
que por pueblos, y campos, y alta sierra
á las hispanas huestes redujeron.

Y Chile ya Nación, muy pronto fueron
sus hijos libres en su amada tierra
que besa el hondo mar y el Andes cierra
sus límites que nunca se invadieron.

El valor fué su norma y su prestigio,
y su hidalguía la heredó de España;
pues, siempre en la contienda hizo prodigio,
coronando de lauros cada hazaña.

¡Dieciocho de Septiembre! ¡Esta es su gloria,
que eternamente vivirá en la Historia!



DE VIAJE

No es más linda la gota de rocío
temblando en la corola de la flor,
ni en el boscaje umbrío
el rayo de oro del benigno sol.

No es más hermoso el Héspero luciente,
ni de la luna el pálido brillar,
ni el céfiro bullente
y el arpegio melifluo del turpial.

No es más linda la hurí de aquel profeta
que un cielo le creó para mansión...
Ella es del poeta
el casto idilio del primer amor.

Es tan hermosa como virgen griega,
y tiene un corazón muy tierno y fiel,
y hay un fulgor que ciega
en sus ojos de dulce languidez.

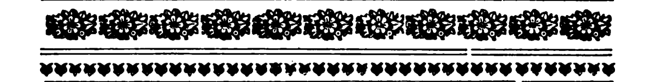
Yo vivo de la luz de sus miradas...
Pulso el plectro alabando su virtud,
y sueño con las hadas
que rumorean por el cielo azul.

Fijas irán en la memoria mía
las ternísimas notas de su voz;
pues, ha llegado el día
de seguir mi camino á otra región...

Una mujer amable me acompaña:
es soñadora y pálida á la vez;
al campo, á la montaña
y al silencioso hogar me sigue fiel.

Es la Melancolía. Mas, con ella
cantaré á su belleza angelical,
y pediré á mi estrella
que me aproxime á su feliz hogar!...





RECUERDO

Por la tosca ventana entreabierta
contemplé de la luna el brillar
y el vaivén de la fronda en la huerta,
oyendo el murmurio del viento al pasar.

Un profundo silencio reinaba;
en la estancia no había una luz,
y muy triste y enfermo me hallaba,
cual ave que muere y oculta un sauz.

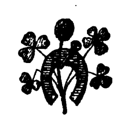
Al besarte las manos de armiño,
tus cabellos, tu púdica tez,
en tus ojos veía el cariño
que tú me juraste por más de una vez.

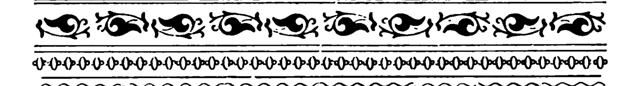
Y te dije:—«No olvides un día
al que canta tus gracias y amor,
cuando duerma en morada sombría,
borrado su nombre, sin lauro, ni flor!...»

Tú, llorando, besaste mi frente,
y los dos no pudimos hablar;
pero, ¡cuánto lenguaje elocuente
ocultan las almas que saben amar!

Continuaba alumbrando la luna
la alquería y el campo sin flor;
mas, la brisa en la extensa laguna
rizaba las ondas con suave rumor.

Ya son idos los años, bien mío,
y recuerdo, con hondo pesar,
tus palabras, el triste bohío
y el viento de otoño gimiendo al pasar!





SE VAN!...

(Á ROSENDO CARRASCO Y JELVES)

I

En vano, en vano el hombre
aspira á conservar la dulce vida
y algún preclaro nombre,
porque el tiempo no olvida
su destructora ley que ve cumplida.

En su incansable rueda
las pompas lleva del humano orgullo,
cual vése en la arboleda
perderse en su murmullo,
de una paloma cándida el arrullo.

Se van, se van
como las nubes, como el rocío,
como las aguas de un manso río,
se van, se van!

II

No hay fuerza que resista
al poderoso imperio de la muerte;
el alma se contrista
al ver que nuestra suerte
en polvo y en olvido se convierte!

El niño y el anciano,
la joven con su prístina hermosura,
como un ensueño vano
piérdense en la espesura
de este vivir tan lleno de amargura.

Se van, se van
como las hojas de flor marchita
que en tardes tristes el viento agita,
se van, se van!

III

No de ambiciones viva
el ánima anhelosa y turbulenta,
que mientras más esquiva
en desear se sienta,
un no acabable gozo la sustenta.

Poderes y riquezas,
ambiciones espléndidas de gloria,
¿qué son estas grandezas
en la vida ilusoria,
si siempre han de borrarse en la memoria?

Se van, se van
como el susurro del viento suave,
como el gorjeo que entona el ave,
se van, se van!

IV

Yo también he soñado
honores, y riquezas, y placeres;
y víme así halagado,
notando entre los séres
que en el hogar son reinas las mujeres.

Y mis sueños pasaron,
y en mi joven y ardiente fantasía
amarguras quedaron,
como en la selva umbría
el triste lloro de la noche fría.

Se van, se van
como en la playa la blanca espuma,
como en el monte la densa bruma,
se van, se van!

V

Los años van pasando,
pero la muerte se aproxima lenta
la tumba preparando...
¡En vano el hombre intenta
prolongar esta vida que lo alienta!

Hasta las mustias flores
que arrojen en mi tumba solitaria
perderán sus colores,
y brisa funeraria
pasará sin dejarme una plegaria...

Se van, se van
como el suspiro del alma mía,
como las sombras de un nuevo día,
se van, se van!

VI

Mis ensueños de niño,
los besos de mi madre idolatrada,
de mi hermosa el cariño
ya no existen; ya nada
hallará mi tristísima mirada.

Un pájaro cautivo
entre grillos dorados yo tenía,
y cantando festivo,
en descuidado día
huyó también al claro sol que ardía.

Se van, se van
como un enjambre de mariposas,
libando aljófar de blancas rosas,
se van, se van!

VII

¿Qué resta á mi ventura,
si ya perdida fué por soto umbrío?
¿Qué resta á mi ternura,
si ya en el pecho mío
dejó la soledad el hado impío?

Ya no vendrá á mis lares
ni un rayo de la luz consoladora,
ni se irán mis pesares
por otra nueva aurora
de amor y de placeres bienhechora!

Se van, se van!...
sólo me quedan mi voz, mi lira;
pero los cantos que el alma inspira
se van, se van!...





ÍNDICE



OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

MUSAS CHILENAS: Siluetas Líricas y Biográficas.—Santiago, 1889.

DON EDUARDO DE LA BARRA: Rasgos biográficos para servir de introducción á sus Poesías. (Edición de París).—Santiago, 1889.

AMÉRICA Y COLÓN: Poema lírico.—Valparaíso, 1892.

UN HÉROE DEL TRABAJO: Dr. F. Galleguillos L.—Valparaíso, 1893.

LAS ROSAS.—(Estudio en prosa y verso).—Valparaíso, 1902.

LOS CANTOS DEL SABIÁ.—Colección de artículos y poesías, traducidos de los más ilustres escritores brasileños. (En colaboración con el Sr. D. Clemente Barahona y Vega.).—Valparaíso, 1903.

POESÍAS LÍRICAS.—Valparaíso, 1903.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

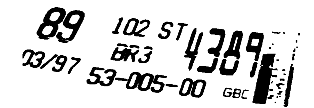
PARNASO CHILENO.—Tomo primero.

Esta Antología, única en su género, que el compilador ha venido preparando y corrigiendo desde 1889, será de grande importancia por la selección, número y mérito de las poesías y por las innumerables noticias históricas, críticas y biográficas. Abarcará todos los períodos de la literatura chilena hasta el corriente año de 1903. La publicación se hará por tomos, de 500 páginas cada uno, en 4.º, en buen papel, con impresión elegante é ilustrada con retratos.

Para suscripciones ú otras referencias concernientes á esta obra, dirigirse á

LEONARDO ELIZ.

Valparaíso.—Correo 2, casilla 2,073.




Stanford University Libraries
3 6105 012 013 442

